Las manos de Perón

Julio Carreras

Las MANOS de PERÓN

Quipu Editorial

Julio Carreras
Las manos de Perón

© 2015 Quipu Editorial
Luis Pinto 694 Tel. 54 385 155 265680
Santiago del Estero

1

1974

Sin abandonar la posición de firme el soldado repitió:

–No puedo dejarlo solo con el cadáver, señor ministro. Disculpe.

El hombrecito de ojos claros no pareció molestarse por la negativa del granadero. Le ordenó en cambio:

–Descanse, soldado.

El alto joven obedeció, un tanto perezosamente. Llevaba casco y uniforme de combate, de sus hombros colgaba una Mag 762.

–Sólo serán quince minutos. –insistió con voz tiple y calma José López Rega.

–Únicamente si me lo ordena mi jefe de guardia, señor ministro –, contestó el soldado.

Entonces, el poderoso ministro de "Bienestar Social" decidió no perder más tiempo con ese granadero y hablar directamente al coman-

dante. Ante el portal de la capilla lo esperaba el Ford Falcon Verde con su chofer. Un fuerte cuarentón de traje gris le abrió la puerta trasera y subió a su lado. Otro semejante iba junto al conductor.

Pero sus esfuerzos ante el teniente coronel Barrientos, a cargo de la guardia presidencial el 1 de julio de 1974, chocarían igualmente con la negativa.

–No puedo autorizar su solicitud sin orden presidencial, señor Ministro. Y debe venir por escrito –, respondió el oficial superior.

López Rega, entonces, abandonó su propósito. Otra vez en el auto, uno de sus hombres de confianza se animó a preguntarle:

–¿Qué vamos a hacer ahora?

–Ya se presentará otra oportunidad–, contestó El Brujo, aplomado.

–Está bien jefe –murmuró el mismo grandote que preguntase.

No muy lejos de allí, en cierta casona de Balvanera, un grupo de personas, casi todos jóvenes, seguía los noticiarios. El gigantesco salón exhibía cuatro pantallas, empotradas sobre la pared izquierda. Mostraban la Capilla de Olivos, donde se había trasladado el cuerpo del Teniente General Juan Domingo Perón. Por el momento, los canales no tenían acceso a imágenes del interior.

–Lo liquidaron nomás al viejo –se lamentó El Lauchón Mendizábal.

–¿Vos crees? –dudó El Pepe Firmenich.

–Está cantado... Apenas comenzó las conversaciones con nosotros, para arreglar, le da un paro cardíaco...

–Mmm... no sé... no me parece que les hu-

biera resultado fácil, estando Taiana ahí...–siguió dudando El Pepe.

–No creas que Taiana puede hacer mucho –terció Abal Medina–. Está cercado de fachos.

–Entonces se han salido con la suya –comentó con fastidio Firmenich. Se van a quedar ellos con las manos de Perón.

Una bonita muchacha morena, que atendía el radiotransmisor, exclamó:

–Me acaba de avisar un compañero de Granaderos, en clave, que El Brujo trató de entrar adonde estaba el cadáver... y no lo dejaron...

Los jefes Montoneros se miraron con satisfacción.

–Entonces, todavía quedan esperanzas–, se alegró Mendizábal.

2

1999

Alberto Feijóo se dijo que si los humanos lograban un alto grado de confort y salubridad en armonía con la naturaleza, esto iba a crear otro grave problema. El de qué hacer con nuestros Espíritus. Pues en un mundo tan bello como este, si se eliminaran definitivamente los dolores, nadie querría ya abandonar el cuerpo. Es decir, la muerte física se convertiría en un temible castigo, y todos los esfuerzos científicos de la siguiente etapa iban a orientarse a eliminarla.

Meditaba inducido por la maravillosa hermosura del entorno, mientras contemplaba el juego de las olitas transparentes del río Guayamba entre las coloridas piedras, sobre La Olla.

–Pa, te llegó un mensaje de texto –oyó que le decían de atrás. Era su hija Sol.

–Ahá. ¿Y quién es? –replicó vagamente complacido aún por el entorno y su meditación.

–Comisario Adrián Lugones, de Buenos Aires. Dice que trates de comunicarte con él apenas puedas.

–Está bien –aceptó Alberto– ahora mismo voy a llamarlo.

Comenzaban a poblarse las callecitas de niños, y algunas feas motocicletas de tres ruedas. Hombro a hombro con su hija Alberto lamentó lo que consideraba un retroceso para aquel ámbito paradisíaco. Hacia fines de los noventa a algunos burgueses santiagueños se les dio por construir chalés de pésimo gusto en esta pequeña aldea, otrora silenciosa. Al presente, Guayamba se estaba convirtiendo en otra tonta ciudad. "El próximo paso va a ser la pavimentación y el Shopping Center", lamentó Alberto, que era arquitecto.

–Pa, ¿quién es el comisario Lugones? –preguntó Sol.

–Un amigo de años y también miembro de la *Waldorf Stiftung*.

–¿Habrá algún problema? –, inquirió la joven, de 24 años.

–Me parece que debe ser por algo que hemos venido conversando desde que nos conocimos, en 1987. Después continuamos el diálogo, a través de cartas y por email.

–¿Y de qué se trata, se puede saber? –Sol y su hermana, Corazón, eran íntimas amigas de su padre. Lo visitaban ahora, en su refugio de verano, pues ambas vivían con su madre, en Tucumán. Alberto vivía solo, en Santiago del Estero. Durante las vacaciones –o todas las ve-

ces que podía– solía venir a estudiar y profundizar sus búsquedas espirituales en la antigua casa de los Feijóo, al otro lado del río.

Desde allí se comunicó por el teléfono fijo con su amigo, el comisario Lugones. Como había esperado, lo motivaba el tema que acababa de revelarle a su hija: las manos de Perón.

La historia había comenzado así: en junio de 1987, Alberto conoció a Lugones en un curso sobre Derechos Humanos que se dictaba en el Colegio de Médicos de Santiago del Estero. Adrián Leopoldo Lugones, comisario general de la policía bonaerense, era descendiente, como él, de antiguas familias santiagueñas. El sino del éxodo los había llevado a Buenos Aires, durante principios del siglo XX. Luis además de policía se recibió de abogado. Eso le permitió sortear con éxito situaciones comprometidas durante la dictadura militar del Proceso. Incluso ayudar a familiares de desaparecidos, entre los cuales había parientes directos de policías... y hasta policías.

Mientras se desarrollaba aquel curso había sucedido el macabro hurto de las manos de Perón. Alberto, conversando a solas con Lugones, había recordado entonces una historia que escuchase de su padre, durante la infancia. Según ésta, las manos de Perón poseían un poder esotérico.

En 1955, inmediatamente luego de la Revolución Libertadora, se hablaba secretamente, ya, de aquél tema. Incluso lo había hecho el mismísimo presidente (de facto), general Lonardi.

Su padre –abogado y uno de los fundadores de la Democracia Cristiana en Santiago

del Estero–, había comentado mordazmente la conversación de Lonardi. El nuevo presidente –muy católico–, se proponía demostrar que "el supuesto poder esotérico de las manos de Perón era un mito". Para ello –y era esto lo que pareció truculento al pragmático y liberal Dr. Feijóo–, iba a formar una comisión cívico-militar. La comisión tendría como propósito detectar el sitio donde, según murmuraciones entre la oficialidad del Ejército, existía un templo clandestino. En aquel templo esotérico, según las leyendas, no sólo se guardaban poderosos objetos místicos... sino además, dentro de una bóveda blindada... el oro que habían confiado los nazis a Perón...

–Bueno–, redondeó Alberto ante sus dos hijas, Sol y Corazón, que lo escuchaban divertidas–, y la "llave" para ingresar a los lugares donde se guardaban esos tesoros, habrían sido, pues... las manos de Perón.

–Alberto, necesito que vengas a Buenos Aires... –le dijo su amigo, Adrián Lugones, apenas luego de los saludos. –He accedido a una importante información... acerca de lo que vos ya sabes...

3

1987

El martes 16 de junio de 1987, catorce hombres que se trasladaban en cuatro vehículos, bajaron con calma frente al cementerio de La Chacarita en Buenos Aires. Eran las dos de la tarde. Como un cortejo, algo atípico, pues caminaban bromeando entre sí, arribaron al predio para sobrepasar con rapidez el jardín e ingresar por entre unas altas columnas. Varios de ellos portaban maletines. Resueltamente, se dirigieron hacia el mausoleo del teniente general Juan Domingo Perón. Al llegar abrieron la puerta con facilidad. Después, seis de ellos trabajaron, sin apuro, dentro de la bóveda donde estaban depositados sus restos. Destaparon el cajón y cortando las manos con una asordinada sierra, las introdujeron en una arqueta especial, destinada a mantenerlas en el vacío.

También sustrajeron el anillo, la espada

militar del prócer, una capa y cierta carta manuscrita de su última esposa, Isabel Martínez. Después, se fueron, tranquilamente. A esa hora, el cementerio estaba muy concurrido. Pese a ello, nadie pareció haber notado algo extraño.

Un poema citado por la carta de Isabel fue reproducido en tres copias y enviado a diputados peronistas, con un texto que llevaba por firma "Hermes Iai y los 13". Abajo de las copias, ese escueto mensaje exigía ocho millones de dólares para devolver las reliquias.

El anciano catamarqueño Vicente Leónides Saadi, presidente del Partido Justicialista, decidió impugnar el chantaje. Y se negó a que su partido invirtiera ni un solo centavo en lo que consideró "un asunto policial".

4

1999

A los cuarenta y ocho años, Alberto Feijóo era un solitario consecuente. Había comprendido esa vocación quince años atrás: sin embargo, recién pudo ejercerla hacía dos. Fue cuando pudo separarse de su esposa, Helena, y sus hijas, con quienes por entonces vivía. Desde que se casara, hasta su separación, habían pasado dieciocho años difíciles, rutinarios, embarazosos, angustiantes o tediosos, pero en muy pocos momentos felices. Salvo por sus hijas. Desde su nacimiento –algo demorado, debido al prejuicio pequeñoburgués de "tener todo lo necesario" antes de procrear–, Corazón y Sol habían sido como sus salvavidas psicológicos, rescatándolo una y otra vez del disparate que creía haber cometido con su casamiento.

Helena Achával, la esposa, era una mucha-

cha de su misma clase social a quien conociera en la infancia. Cómo él, pertenecía a las familias más antiguas del Noroeste argentino, que habían sabido conservar un relativamente encumbrado nivel económico. Sin expresarlo abiertamente, su casamiento fue concertado por los mayores, encarrilando a sus vástagos dóciles, lo mismo que en su educación, por un sendero tradicional.

Ambas familias pertenecían, además, a esa construcción ideológica que en los años cincuenta adoptaría como nombre "Democracia Cristiana". Una mezcla de nacionalismo, catolicismo y liberalismo. Tres vertientes que mutuamente se neutralizaban. Suscitando como resultado un pensamiento gris, encorsetado, lleno de límites y normativas, excesivamente racional. En suma, pequeñoburgués. Tenía como contrapartida, sin embargo, una fértil imaginería religiosa.

En ese ambiente donde convivían curas, militares, empresarios y obreros dóciles, con "ansias de progresar" (es decir, convertirse en pequeños burgueses), se habían educado, tanto Alberto como Helena. Un mundo ordenado y previsible, donde "cada uno tenía su lugar".

Poco después de casarse –a los treinta años, ya con título y gabinete de Arquitecto–, empezó a sentirse espantosamente asfixiado. Tal angustia coincidió, sin embargo, con un momento en el cual *no podía* abandonar el barco. Su esposa estaba embarazada de la primera hija, Sol. La educación católica que recibieran sancionaba duramente la separación de "quienes Dios había unido". Y fulminantemente si, con ello, se desamparaba a los hijos.

De tal manera, decidió resistir hasta que su hijita Sol fuese por lo menos adolescente (pronto vendría otra: Corazón) y recién entonces, paulatinamente, distanciarse para vivir en libertad.

En medio ocurrió algo que fue como el estallido de una supernova cambiando definitivamente al espacio estelar. Se enamoró. Por primera y única vez en su vida, sintió aquello que antes percibiera pálida y racionalmente, de un modo indirecto, a través de libros o películas como West Side Story o El Dr. Zhivago. En 1989, con veintiocho años de edad, se topó en Córdoba a Celina, una mujer de treintaicinco años y como él, arquitecta. Celina, una ex militante del ERP, había estado presa cuatro años, durante la dictadura militar. Luego salió hacia un exilio madrileño. Allí conoció a quien actualmente era su marido, otro ex preso político, de profesión médico.

Los detalles de esta breve y fogosa relación los había analizado Alberto hasta el exacerbamiento durante la década siguiente. Ambos resistieron cuanto les fue posible, al principio, para caer en un desenfreno pasional, posteriormente y durante algunos meses. Regresando sobre el final a un razonamiento compartido que los separaría, de común acuerdo. Pero sintiendo que habían perdido la oportunidad de sus vidas.

Fue tan doloroso este período para Alberto (como seguramente también debió haberlo sido para Celina), que todo su organismo cambió. En los cuatro años siguientes vio que había adelgazado, su cabello se había puesto gris, sus ojos más grandes. Y por primera vez había tenido experiencias metafísicas.

Hacia los treinta y dos años se hizo miembro de La Rosa Mística. Desde su perspectiva, era esto un corolario de la educación recibida, no una ruptura. Pues por entonces pensaba que cada suceso, pequeño o grande, tenía sentido en las existencias de los seres. Debido a lo cual, veía a las vidas humanas como procesos, con causas concretas y consecuencias.

Con la soledad –cuando le fue posible– no había hallado la Felicidad. Pero sí la Paz. ¿Y no era esto, tal vez, el único tipo de felicidad estable que podemos alcanzar alguna vez los humanos?

Durante el largo viaje en colectivo desde Santiago del Estero a Buenos Aires, Alberto reflexionó nuevamente sobre su existencia. Y se sintió "esperanzado".

5

1929

"Lugones no es altanero y despectivo, como me lo habían pintado", pensó el capitán Perón mientras observaba discretamente al escritor más glorioso de la Argentina. En aquel mismo instante, el gran Leopoldo, levantando su mano izquierda decía:

–A la virtud llaman soberbia y a la dignidad insolencia bajo este régimen decadente que soportamos hoy los argentinos–. Se refería al gobierno de don Hipólito Irigoyen, a quien los oligarcas llamaban "El Peludo".

La reunión se desarrollaba con placidez en la imponente biblioteca de Ida Eichorn, propietaria de un coqueto *kleine Burg* de tres plantas en Olivos. Esperaban la llegada de los últimos invitados para comenzar. No eran muchos. Del Ejército, habían recibido la convocatoria sólo el general Uriburu con los capi-

tanes Mittelbach y Perón.

Al parecer el gran escritor iba a pronunciar otra frase, cuando la dueña de casa anunció:

–Nos dicen desde la portería que acaban de ingresar y se dirigen hacia esta sala, nuestro excelentísimo *Geschäftsträger*, doctor August Friedrich Wilhelm Keller... acompañado por el gran artista argentino... don Carlos Gardel.

–Albricias –encomió con cierta ironía Lugones. E inesperadamente le guiñó un ojo al joven capitán Perón. Tras el gesto pícaro del bardo, el capitán comprendió por qué le había caído tan simpático. Entre otras coincidencias –que con el tiempo irían descubriendo–, parecía ser tan anticonvencionalista como él. Además, ambos provenían de ancestros santiagueños.

6

1999

Alberto llegó amodorrado a la ciudad de Buenos Aires. Luego de un baño reparador en el hotel, partió nuevamente hacia el lugar donde iba a esperarlo su amigo. Quien le había anunciado que iba a presentarle a una antropóloga.

–¿Antropóloga? –, quiso constatar Alberto cuando se lo dijo esa mañana por teléfono.

–Sí, también aportará datos para nuestro esfuerzo.

Por alguna razón había imaginado a una mujer canosa y gorda. Aún cargado con ese prejuicio mental, cuando divisó a su amigo junto a una joven rubia, sentado ante una mesita lateral en el interior de la Richmond, pensó que ella habría enviado a su secretaria.

–Alberto Feijóo... Effi Hess –presentó Adrián, luego de haberle dado un abrazo: –ella es la antropóloga de quien te hablé...

Una rubia que debía de ser algo más alta que él, a quien calculó no más de veintitrés años (se equivocó, luego sabría que contaba treinta ya), esbelta, "aria pura" (pensó) y no pudo evitar una pregunta que, apenas salida de sus labios le pareció de mal gusto:

–¿Pariente de Rudolf?...

Lejos de molestarse, la bella mujer sonrió:

–Sí, mi bisabuelo era su hermano Alfred.

A esa hora la tradicional confitería céntrica estaba repleta. Por reflejo miró el calendario electrónico en la pared: Miércoles, 11 de febrero, 2009. 011:05 am.

–Quieres tomar algo... –preguntó su amigo.

–He desayunado dos veces hoy...–contestó.

–Entonces, ¿te parece que vayamos al laboratorio de la doctora, para mostrarte nuestros descubrimientos?

–¡Con gusto!–, exclamó Alberto.

No era muy lejos. Apenas unas cuatro o cinco cuadras, que salvaron caminando. Sobre Hipólito Bouchard, en un antiguo edificio, ascendieron al tercer piso. El laboratorio era sólo una gran habitación, con una larga mesa en el medio, donde se desparramaban pilas de papeles, un microscopio y herramientas semejantes en algunos casos a las de los médicos antiguos. Contra las paredes, únicamente había grandes anaqueles, donde se acumulaban libros, revistas, carpetas atadas con diversos cordones y etiquetadas en alemán. Las cuatro sillas que había en ese lugar eran diferentes.

–Bien –, dijo Adrián Lugones. –No te haremos esperar ni un segundo. Inmediatamente compartiremos con vos nuestros descubrimientos. El mío, una carta que considero de

vital importancia. Lo de ella –sin duda, igualmente importante– aportar sus conocimientos para esclarecer la trama de antecedentes complejos que llevaría al robo de las manos de Perón.

7

1999

–Perón violó los acuerdos con las organizaciones que permitieron su regreso a la Argentina. Utilizando de modo avieso un ascendiente autoritario que tenía sobre la estructura burocrática del partido Justicialista, obligó a renunciar al presidente electo, Héctor Cámpora– dijo el comisario Lugones.

–Su propósito era tomar el control absoluto del país, pues ya había hecho otros pactos subrepticios con un sector del capitalismo europeo, a través de la logia masónica Propaganda 2 –prosiguió.

–El plan que iba a aplicarse en la Argentina era de corte fascista, un acuerdo corporativo entre grandes capitalistas, locales y extranjeros, para reubicar al país en un marco de negociación diferente.

"Para ello había que eliminar –incluso fí-

sicamente– a toda la inmensa franja independiente, que se había forjado en dieciocho años de lucha contra las anteriores dictaduras.

"Eso mismo iba a hacer el proceso. Sólo sustituyendo –en parte–, a la logia P2 por la Escuela de Chicago. Y asumiendo abiertamente el plan de exterminio que de un modo clandestino llevaban adelante las AAA.

"Volviendo un poco, hacia el inicio del plan, en 1972, el apoyo de los fascistas italianos de P2 no era gratuito: sus millonarios préstamos a Perón, con los cuales financió no solamente publicaciones o acciones sindicales, empresarias, etcétera, sino también a las guerrillas de FAR y Montoneros, se los hacían sobre un respaldo indudable, con el cual contaba Perón. El oro nazi, depositado en las entrañas del Uritorco…

"Esta carta de Orfelio Ulises a Perón, fechada el 6 de marzo de 1971, así lo confirma. En ella Ulises reclama (leo):

"*…y entendiendo el actual como un momento de auge revolucionario de las masas, comprenderá usted, distinguido comandante, que son necesarias ingentes inversiones tanto para que las organizaciones leales puedan pertrecharse de un modo adecuado, sus acciones adquieran la difusión imprescindible para influir en el curso de los sucesos y los resortes aliados en la estructura política del poder accedan a volcar su influencia a nuestro favor. Por ello es imperioso que rompa usted su mutismo respecto al modo en que nuestra Hermandad sea habilitada para acceder al habitáculo donde se conserva el Graal, por medio de algún cambio de claves, u otro recurso extraordinario que*

bien podría usted implementar, si así fuera su voluntad".

–Esta carta demuestra también, por otra parte, que la supuesta muerte de Orfelio Ulises en 1951 no fue tal, sino un pase a la clandestinidad, para seguir operando más cómodamente en su papel de operador importante en la coordinación entre los grupos de poder de aquel período: nazis refugiados en la Argentina, organizaciones peronistas y el mismo grupo esotérico que había creado Ulises para administrar "el Graal"… como llamaban ellos al oro nazi…

8

1987

Darko Miloslavic se esforzaba por concentrarse pero el volumen del televisor y la simultánea conversación de su mujer al teléfono se lo impedían. Estaba enfurecido por la traición, de que había sido víctima. Gracias a él fue posible recuperar las manos de Perón. Pues con su dinero –mejor dicho, el dinero de la Logia del Graal– habían sobornado a todos los funcionarios del cementerio, desde el director hasta los sepultureros, para que no interfiriesen. Ahora los tres milicos que comandaron el operativo se habían fugado. Sin dejar huellas y llevando con ellos el preciado botín.

El croata tenía una sola pista, importante, para detectarlos: el teléfono de la amante de uno de ellos, el capitán Vadecich. El mismo Vadecich se lo había dado cuando se necesitaba mantener intercambios constantes. Pero

no lograba urdir un modo de utilizarlo, ahora, para rastrear al capitán. No tenía su dirección: sólo el teléfono. La mujer hablaba animadamente con una amiga, por teléfono, y desde el televisor vociferaban sobre el '*Black Monday*' de *Wall Street*... Un energúmeno de voz tonante gritaba "el *Dow Jones* se colapsó... registró una caída del 22,6% –más de 500 puntos– y cerró la sesión a sólo 1.738 puntos..."

Darko Miloslavic, que era un hombre callado, tuvo un brote iracundo y levantándose súbitamente desenchufó el televisor; luego, volviéndose, arrebató el teléfono a la joven mujer y lo apagó. Acto seguido, aplicó un cachetazo fortísimo a la muchacha de ojos azules, diciéndole a continuación:

–Te repetí varias veces que no hagas ruidos cuando pienso.

Ella, rubia, regordeta, derramando una lágrima por el dolor y la sorpresa, permaneció silenciosa.

Ahora Darko pudo reflexionar. Hasta que se le ocurrió una estrategia. Salió.

Eran las tres de la tarde. Desde una cabina telefónica llamó al número de la amante del militar.

–Buenas tardes señora –dijo con acento extranjero al ser atendido– somos la compañía *Charlbury Post Office*… Necesitamos hablar con el capitán Rolando Augusto Vadecich… ¿Tendría la amabilidad de llamarlo?...

La mujer, sorprendida, se quedó unos segundos en silencio…

–…él no está…–contestó al cabo, con cierta timidez –¿Puede dejar su teléfono para que él se comunique con usted cuando venga?... –articuló ella.

–Es por un asunto sencillo, quizá con usted podamos solucionarlo ahora mismo –respondió cordialmente Miloslavic–. Tenemos una encomienda para el capitán, un pequeño paquete, que le fue enviado desde Inglaterra.

La mujer lo escuchaba en silencio.

–Se lo enviaremos enseguida, con uno de nuestros cadetes… sólo debemos cumplir con un sencillo trámite de seguridad… –dijo el Croata–. Constatar que la dirección real coincide con la que trae consignada la encomienda. ¿Sería usted tan amable para decirnos su dirección?

–¡Ah, sí! – exclamó ella: – Diagonal Ica 23, esquina Juan B. Justo… 3er Piso A…

–¡Perfecto señora! ¡Es la misma que nosotros tenemos! Enseguida le enviaremos el paquete. Muchas gracias…

–De nada…–contestó la mujer, aún vacilante. Y colgó.

Como a las diez de la noche el capitán Rolando Vadecich, de civil, introdujo su auto en la playa de estacionamiento del edificio. Sin prisa, descendió del vehículo, se acomodó el colorido pañuelo que lucía bajo el impecable cuello de su camisa. Se preparaba para una noche de relax. En el momento mismo en que cerraba con llave la puerta de su Chevrolet Vectra modelo 97, sintió la dura presión de un objeto de metal sobre la nuca y supo que era una pistola.

–Hola Boncho…–escuchó que le decían– no intentes nada pues quedas aquí nomás fiambre…

Vadecich reconoció el castellano torpe del

mayor Miloslevic y por poco se orina… este hombre había estado ejecutando serbios por docenas hasta pocos años atrás; no dudaría en matarlo.

–Vení conmigo…–ordenó el croata.

–No me mates, Darko…–imploró Vadecich, que inconteniblemente empezó a temblar.

–Eso lo tenemos que negociar–contestó fríamente Moloslevic.

En el automóvil esperaban tres hombres más. Uno de los que esperaban se bajó para hacer lugar a Vadecich, que se ubicó en el medio, sobre el asiento de atrás. Los pocos transeúntes que a esa hora circulaban por la diagonal no advertirían en absoluto el secuestro.

9

1945

La noche del 19 de julio de 1945 la Policía de la Provincia de Buenos Aires detuvo a una joven ciudadana alemana. Fue sorprendida en un muelle de San Clemente del Tuyú, haciendo señales con una linterna hacia el mar. Se identificó como Maximiliana Oskar, 25 años. Declaró que "le agradaba jugar de esa manera pues conseguía, a veces, atraer anguilas luminosas y otros bellos peces de las profundidades oceánicas". No alcanzó a estar ni una hora en la comisaría: el mismísimo Jefe llamó enseguida desde La Plata, para ordenar que se la liberase de inmediato y en ningún caso se la molestara más.

Maximiliana regresó entonces a las playas, donde cumpliría su cometido. Por fortuna no era una noche particularmente fría. Aunque tomó la precaución de no hacerlo desde el

mismo lugar, apenas se corrió unos doscientos metros hacia el Sur. Y recomenzó.

Las señales luminosas eran en realidad mensajes codificados en morse. Pronto recibieron su contestación: tenuemente, lucecitas que un ojo desprevenido hubiese supuesto luciérnagas, comenzaron a titilar casi al ras del inmenso océano.

Quince minutos más tarde, cuatro soldados del Tercer Reich atracaron en la playa un bote en el que se transportaban. Uno de ellos, con uniforme de oficial, descendió. Luego de cuadrarse y efectuar el saludo nazi a unos dos metros de Maximiliana, se acercó, hincó la rodilla sobre la arena de San Clemente del Tuyú y le besó la mano.

Enseguida regresó hacia el bote, desde donde trajo una maleta oblonga, como las que habitualmente se utilizan para portar instrumentos musicales. Ceremoniosamente, se la entregó.

Otro saludo nazi, ante la joven cuyo rostro brillaba ahora humedecido por lágrimas, y los soldados volvieron a perderse en la oscuridad del mar.

Maximiliana caminó con el alargado estuche colgando de la manija en su mano derecha, hasta salir de la playa e internarse en las callecitas tenuemente iluminadas del pueblo. Pronto llegó a la avenida Costanera y Calle 79, donde la esperaba un lujoso Mercedes Benz 540K, con chofer. El hombre le ayudó a colocar la maleta en el baúl, luego de lo cual abrió respetuosamente la puerta al asiento trasero, donde la esperaba otro alemán, el ya anciano Ludwig Freude. Un destello en los ojos

de Freude delató su felicidad cuando Maximiliana le dijo que al fin había terminado el operativo con éxito. A partir de entonces sólo se comunicaron en alemán, para que el chofer, que era argentino, no los entendiera.

10

1987

–Este hijo de puta ya no va a venir…–bramó el cuarentón canoso y al teniente Soroche le pareció ver chispas de sudor saliendo de su desmesurado bigote negro.

–Tengamos paciencia, mi teniente coronel… –intentó apaciguar el joven – al capitán Vadecich puede haberle ocurrido algún percance familiar… tal vez se ha enfermado…

–No Soroche… un soldado llega… enfermo, herido, sin piernas, arrastrándose, llega… eso lo sabe usted tanto como yo… Me parece que es algo mucho más grave… hemos perdido el contacto… no vendrán… Y eso puede significar dos cosas: o desde el alto mando han decidido soltarnos la mano…

El teniente coronel Riccardi hizo una pausa para mirar a un pájaro grande que repentinamente había salido volando de entre los árbo-

les. Desde el patio arenoso de un apartamento alquilado en Arroio do Sal, soportaban a duras penas el calor húmedo de aquella mañana de octubre.

–La otra opción es peor…

El teniente Soroche tragó Saliva.

–Que lo hayan agarrado los croatas…

El sol se había puesto muy intenso ya, hacia las diez de la mañana. Pese a la sombra de un árbol, bajo el que conversaban, el calor se estaba volviendo insoportable.

–Si es así –continuó Riccardi –debemos huir ya mismo. Si esos criminales nos pillan… somos hombres muertos, teniente.

Apresuradamente ingresaron al comedor del pequeño apartamento e hicieron las maletas. No llevaban demasiada ropa, así que en diez minutos estuvieron listos para partir.

–¿Y qué hacemos con esto? –quiso saber Soroche, señalando a una maleta conservadora cuadrada, de metal, que yacía en un rincón de la pieza.

–¡Dejalo ahí! –contestó el teniente coronel Riccadi. –Nuestra aventura terminó. Que se jodan los jefes si no han sabido darnos cobertura suficiente. Ahora lo único que debemos hacer es llegar cuanto antes a la Argentina, y refugiarnos cada uno en nuestro cuartel.

Después de cerrar con llave todas las puertas, partieron, en el Peugeot 505 con que se transportaban.

Alquilaban el apartamento por semanas. Cuando pasaron dos días sin que lo renovasen, el agente inmobiliario, un brasileño llamado Djavan Oliveira, fue a ver qué pasaba. En el buzón de la correspondencia encontró

las llaves, que los argentinos habían dejado antes de partir. Intrigado, entró. Todo estaba normal, no se habían llevado ni una servilleta. ¿Por qué habrían partido así? Tal vez los llamaron de urgencia… alguna cuestión familiar, razonó. De repente, reparó en la caja metálica depositada en un costado de la habitación principal. "Se la han olvidado", pensó. "Por el apuro…" Decidió llamarlos por teléfono, para avisar. En el bolsillo de la camisa tenía un papelito con sus datos…

"Daniel Bermúdez y Fernando Javier Méndez", decía. Junto a dos direcciones desconocidas para él, de la ciudad de Rosario, y teléfonos. Eligió uno de ellos para llamar.

Apenas terminó de marcar, la metálica voz grabada de una mujer le contestó:

"El número de usuario con que intenta comunicarse, es inexistente…"

Probó con el otro: igual…

–Bueno… – pensó – ¿Andarán mal todos los teléfonos de Argentina?

Sin preocuparse demasiado, cargó la caja en el auto –era muy liviana– y se la llevó a su casa. "Ya vendrán a buscarla o se comunicarán", reflexionó. "Cuando la necesiten y se den cuenta de su ausencia".

Durante semanas se olvidó de ella. Hasta que un domingo, aburrido, bajó al sótano para buscar algunas herramientas con las que fabricaba artesanías de metal. Vio la maleta, algo cubierta de polvillo, y un impulso irracional lo llevó a tratar de abrirla, para ver por primera vez su contenido.

No fue fácil. Para evitar dañarla o dejar huellas, la trataría con extremada delicadeza.

Tenía un sistema de cerradura mecánica con códigos. Como los de una caja fuerte. Durante más de dos horas intentó cientos de combinaciones diferentes… ¡hasta que, por fin, se abrió!... Eran ya como las diez de la noche y su esposa lo llamaba para cenar.

En el cubículo, encajada en marco de grueso terciopelo negro, había un cofre transparente, de cristal… Y adentro, pálidas, apergaminadas… ¡dos manos humanas, una de ellas con un anillo! ¡las habían cortado justo a la altura de las muñecas!...

"¡Magia negra!", se espantó: "estos dos argentinos andaban en brujerías!", se dijo, con terror.

Entonces, luego de cerrar apresuradamente la caja, salió corriendo con ella hacia la playa. Su mujer, que lo vió, sorprendida y algo irritada le gritó:

–¡Djavan!... ¿Adónde vas? ¡Tu comida está servida y se enfría!...

–¡A la playa! ¡A la playa! ¡Ya vuelvo, ya, cinco minutos y vuelvo! –le gritó a su vez Djavan. Al llegar allí, con todas sus fuerzas arrojó el objeto hacia las olas encrespadas. Con alivio pudo ver cuando la tragaron y desaparecía en aquel caos de espuma y agua embravecida. Entonces regresó a cenar.

A las seis y media de la mañana siguiente Mauro Da Silva, obrero municipal que se encargaba de retirar los papelitos y bolsitas plásticas que los turistas tiraban en las playas, encontraría la cajita con las manos de Perón, y se la llevaría sigilosamente a su casa.

11

1999

–Todo empezó por una disputa entre los Hess y el general Perón –dijo Effi. –Hacia 1949…

"Orfelio Ulises era el mascarón de proa con que se encubrían en la Argentina los hermanos Hess, mis abuelos… para manejar todo el oro nazi. Se habían conocido con Margarita en El Tibet. Y desde entonces sus destinos se iban a unir con el del cordobés.

"El maletín entregado por un oficial del Reich a Maximiliana Oskar y Ludwig Freude, contenía una pieza metálica especial, fabricada con material levemente radioactivo. Cuyas irradiaciones servían para poner en funcionamiento un ingenioso dispositivo, con el cual se abría la bóveda donde resguardaban los tesoros nazis.

"Esa bóveda se había construido entre 1931

y 1933 en el interior del Cerro Uritorco, de la provincia de Córdoba.

"Ellos creían haber sido llamados para gobernar a la Humanidad: entonces, la creación de aquella especie de Banco secreto, se enmarcaba dentro de un vasto plan estratégico. En el que se integraba la red cordillerana de 'espacios sagrados' fundada entre 1927 y 1930 por Margarita Hess, hija de Rudolf, y su esposo argentino, Orfelio Ulises (cuyo nombre verdadero era Ramón Alberto Herrera, aunque prefiriese no utilizarlo, salvo para cuestiones judiciales).

"Envolvían su actividad en una procelosa leyenda, según la cual en el Cerro Uritorco reposaba el Santo Graal, reliquia del Rey Arturo y los Caballeros de la Tabla Redonda.

"Decían que en el siglo VIII, aproximadamente, Parsifal y otros de esos caballeros habían trasladado el tesoro desde Alemania a este lugar. Para ello debieron efectuar una larga travesía, primero en barco, hasta llegar a las costas de lo que hoy llamamos Patagonia. Supuestamente desde allí, guiados por 'altos iniciados aborígenes, se dirigieron en sagrada procesión hasta el Uritorco. En cuyo seno construyeron un reservorio secreto, para depositar el Santo Graal, custodiado para siempre por una raza de 'guerreros invisibles'.

"Esa cobertura mítica les sería utilísima a los Hess y sus seguidores para disimular lo que realmente se estaba construyendo adentro del Uritorco durante el período de pre-guerra: una perfecta caja fuerte, absolutamente oculta a los ojos del resto de la población mundial.

"La pieza con que se abría la bóveda, se-

mejante a un bastón de piedra, aunque de metal bávaro, fue bautizada por Orfelio Ulises como 'El Toqui Lítico'. Apelando una vez mas a cierta leyenda que mencionaba un objeto semejante como 'creación de los dioses'. En los idiomas aborígenes argentinos, Toqui significa "Jefe" (el alemán *Führer*). Así que su alusión halagüeña hacia la autoridad omnímoda de Hitler resultaba obvia. Por cierto, una vez terminada la bóveda secreta, 'El Toqui' fue trasladado a Alemania, para ponerlo a disposición del líder absoluto.

"Cuando ya estaba claro que perderían la guerra, Rudolf Hess* efectuó un arriesgadísi-

* Rudolf Hess. No debe confundirse con Rudolf Hoess, comandante del campo de concentración de Auschwitz.
Rudolf Walter Richard Heß, a menudo escrito Hess, (Alejandría, 26 de abril de 1894 - Spandau, Berlín Oeste; 17 de agosto de 1987) fue un militar y político alemán, figura clave de la Alemania nazi.
Nació en la ciudad egipcia de Alejandría el 26 de abril de 1894. De carácter solitario, retraído y educado en un ambiente estricto y espartano por un padre muy disciplinado y una madre inglesa de origen griego, fue instruido primero con tutores privados y luego en el colegio alemán de su ciudad natal hasta los 14 años, edad a la que ingresó en un internado juvenil de Bad Godesberg.
Recibió formación para los negocios, profesión que su padre deseaba para ese hijo; después estudió Ciencias Políticas. Posteriormente asistió a la Escuela Superior de Comercio de Neuchâtel en Suiza, a fin de adquirir los conocimientos necesarios para hacerse cargo de la empresa familiar.
Al comenzar la Primera Guerra Mundial, a punto de ingresar en la Universidad de Oxford, se alistó en el ejército alemán como voluntario del 7° Batallón de artillería bávaro y en sus primeros combates obtuvo la Cruz de Hierro por dos heridas, una de ellas grave en el pulmón izquierdo. Luego sirvió en la 34ª Escuadrilla de caza bávara, y llegó al grado de teniente.
Después de la guerra se inscribió en la Universidad de Munich para estudiar Economía, donde acostumbraba distribuir panfletos antisemitas. El 1 de mayo de

1919 participó junto a los Freikorps en la lucha violenta contra la efímera República Soviética de Baviera y fue herido en la pierna.
Miembro de la Sociedad Secreta de Thule, el 1 de julio de 1920 se incorporó al NSDAP y tomó parte en el Putsch de Munich de 1923, por lo que fue a prisión. Compartió celda con Haushofer y Hitler, donde colaboró con este último en la redacción del libro Mein Kampf.
Después fue comandante de un batallón de las SA. En 1925 comenzó sus actividades políticas como secretario político de Hitler; además, escribió sobre él un ensayo titulado "Cómo debe ser el hombre que conduzca a Alemania a su antigua grandeza". En 1927, contrajo nupcias con Lise Pröhl. Cinco años después, fue designado Presidente del Comité Central Nazi y, en 1933, elegido parlamentario del Reichstag (parlamento alemán). Al ascender Hitler al poder como Führer, fue designado jefe del Partido Nazi y Ministro de Estado: se ocupó de casi todas las carteras, excepto de guerra y política exterior, y se convirtió en segundo en la jerarquía nazi, antes incluso que Joseph Goebbels; a pesar de estos cargos, nunca presentó un perfil de líder. Fue considerado como la "cara amable" del régimen nazi. Organizó los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936 y mantuvo una estrecha amistad con Leni Riefenstahl, la documentalista de Hitler.
En los momentos en que Alemania preparaba el asalto a la URSS y en donde además perdería en el mes de mayo de 1941 en el Océano Atlántico uno de sus mejores acorazados, el Bismarck, Hess voló en solitario en un bimotor Bf 110 rumbo a Escocia. Logró burlar la vigilancia de las patrullas de la RAF y se lanzó en paracaídas; al pisar tierra fue hecho prisionero pese a sus alegaciones de que había ido allí "para iniciar conversaciones de paz".
Hess piloteaba con gran pericia un Messerschmitt Bf 110, matrícula BJ-OQ tipo D y modificado especialmente por el fabricante (un caza pesado biplaza y bimotor), cuya velocidad máxima era de 600 km/h. Las modificaciones consistían en un compartimento que contenía una balsa inflable completamente equipada, un receptor Lorenz, una radio adaptada para comandarla por el piloto, la envergadura de las alas estaba extendida y un fuselaje 50 centímetros más largo. No estaba armado ni contenía bombas u otros elementos defensivos u ofensivos.
El 10 de mayo de 1941, Hess y el Reichsleiter Alfred Rosenberg almorzaron juntos en privado en Augsburgo, y desde allí Rosenberg se dirigió a entrevistarse con Hitler en Berchtesgaden. El personal de servicio de Hess

dijo que éste se encontraba absolutamente tranquilo y que durmió una siesta, se levantó aproximadamente a las 15:00 horas para, posteriormente, ir a visitar a su esposa Lise y a su hijo. Más tarde se dirigió hasta la pista de la Luftwaffe en Augsburgo, hacia las 17:00 horas.

Hess volaría en el Messerschmitt Bf 110 desde Augsburgo, rumbo a Escocia, ese 10 de mayo de 1941: despegó a las 17:45 en dirección noroeste, para superar la línea costera de los Países Bajos a las 19:28 a la altura de Texel; allí giró 90° a la derecha y voló en esa dirección unos 30 minutos y luego volvió a virar 90° al norte en el mismo sentido que traía inicialmente a baja altura sobre el Mar del Norte, completamente de noche en ese momento.

A las 20:50 aproximadamente interceptó las líneas de radionavegación provenientes de radiofaros emplazados en Dinamarca con el receptor Lorenz, y realizó un vuelo de zig-zag cubriendo trayectos paralelos de 20 minutos hasta finalmente tomar rumbo a Escocia hacia las 21:52, para traspasar la línea costera cerca de las 22:12 sobre la localidad escocesa de Embleton. Sólo le quedaban 30 minutos de combustible. Fue detectado por un puesto de Observadores Reales (ROC) en Ashirck y despegaron aviones de la Royal Air Force para interceptarlo, infructuosamente.

Después de su llegada a Escocia esperaba poder aterrizar en la Casa Dungavel, propiedad del Duque de Hamilton, quien tenía una pista privada que, según testigos cualificados, estuvo iluminada esa misma noche, misteriosamente, sobre todo si se tiene en cuenta que eran tiempos de guerra. Además, contaba en sus hangares con cajas de repuestos y dos tanques de combustible del mismo tipo del avión alemán en el que Hess viajaba. Hess voló muy cerca de esa finca (con su pista iluminada, pero según testigos fidedignos se apagaron cerca de las 22:30), buscando la supuesta pista que esta propiedad tenía. Hacia las 22:45, el combustible sólo le daba unos 5 ó 7 minutos de vuelo más, pero sobrevoló la finca sin detectar la pista (estaba con sus luces apagadas) y pasó de largo en dirección a la costa occidental de Escocia. Al llegar al mar nuevamente, se deshizo de los tanques adicionales de combustible, viró 180°, volvió a buscar la Casa Dungavel y pasó nuevamente sobre ella hacia las 22:45, pero las luces ya no estaban encendidas.

El vuelo que realizó Hess se ha discutido ampliamente en círculos aeronáuticos, ya que se necesita ser un expertísimo piloto para realizar tal maniobra. Cerca de las 22:50 horas, al acabarse el combustible, se vio obligado a saltar en paracaídas en Eaglesham, cerca de Glasgow,

invirtiendo el avión para lanzarse desde la cabina del Bf 110. Al llegar a tierra, Hess se dañó un tobillo y un campesino escocés, de manera cautelosa, le auxilió y lo llevó a una guarnición militar, en donde Hess intentó convencer diciendo que era amigo del duque de Hamilton, con el nombre falso de Alfred Horn.

El duque acudió a la mañana siguiente y Hess se presentó por su verdadero nombre, aunque el duque ya lo había reconocido, pues se habían visto antes en los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936.

El duque declaró que no tenía asuntos con Hess, quien comunicó su deseo de llegar a un acuerdo de paz con los británicos y que traía un mensaje del Führer. Inmediatamente fue hecho prisionero por la Home Guard y recluido posteriormente en la Torre de Londres, hasta el final de la guerra. Todos sus intentos de ser creído fueron infructuosos (según el propio Hess, era su tercer intento) para tratar de pactar la paz con el Reino Unido y así cambiar el curso de la guerra, al poder concentrar a la Wehrmacht en un solo frente contra los soviéticos. Sin embargo, el prematuro apresamiento de Hess (al momento de tocar tierra cerca de las propiedades del duque de Hamilton) condujo al fracaso su gestión.

En el Museo Imperial de Guerra de Londres pueden apreciarse la cola y el motor del avión pilotado por Hess. Ambas partes, británicos y alemanes, hicieron publicar rápidamente su desconocimiento de contactos previos.

Después de su estancia en el Reino Unido, Hess tuvo que ser devuelto a su país al final de la guerra, no en calidad de héroe, sino de criminal de guerra. Fue juzgado en Nuremberg a causa de todas las decisiones que tomó y firmó en su cargo de ministro durante el régimen nazi, siendo condenado a cadena perpetua el 1 de octubre de 1946 y recluido en la prisión de Spandau, zona aliada de Berlín.

Tras la puesta en libertad de Albert Speer en 1966, Hess quedó como único preso de la cárcel de Spandau durante más de 20 años, hasta su muerte. Hess murió de manera repentina el 17 de agosto de 1987, a los 93 años. La autopsia determinó que había sido un suicidio por estrangulamiento. La familia dudó de la tesis oficial y encargó una segunda autopsia, que determinó que su muerte fue por asfixia y no por suspensión.

El 20 de julio de 2011 se desmanteló su tumba en la localidad bávara de Wunsiedel, después de que la comunidad cristiana de la localidad denegara a sus familiares la prolongación del arrendamiento de su tumba. El cadáver fue incinerado y sus cenizas esparcidas en alta mar, para evitar que su tumba se convirtiera en un lugar de peregrinación nazi. (Wikipedia.)

mo viaje individual hacia Escocia. Con el único propósito de trasladar El Toqui, que había logrado escamotear.

"Esto no les cayó muy bien a los otros jerarcas y empresarios que sostenían el proyecto Uritorco. Momentáneamente se lo tragaron: el Ejército Soviético estaba a las puertas de Berlín, debían ocuparse de preservar sus cuerpos, para poder disfrutar de las riquezas allí depositadas.

"Así que, entre julio de 1945, cuando le fue entregado El Toqui a Margarita Hess, y los primeros meses de 1949, ella y su marido Ramón Herrera ('Orfelio Ulises'), tuvieron el control objetivo del lugar.

"Durante esos tres años habían logrado escapar de Alemania todos los principales propietarios de aquellos tesoros. Altos jefes militares, banqueros o empresarios del Reich. De a poco, apoyados por el gobierno de Juan Domingo Perón, la Iglesia Católica y la Cruz Roja Internacional, fueron legalizando su situación. Luego de haberse trasladado masivamente, en varios submarinos, hacia las costas argentinas.

"En Bariloche y otras ciudades del sur, así como en el centro montañoso del país, establecieron sus discretos feudos. Hasta el día de hoy.

"Pues bien. Apenas comenzaron a consolidarse en el país, más o menos hacia 1947, los otros alemanes comenzaron a cuestionar el manejo de la bóveda en el Uritorco por parte de los Hess. Creyeron que halagando a Perón e introduciéndolo en el proyecto lograrían garantizar su éxito. Cosa que terminaría favoreciendo particularmente al astuto conductor del Justicialismo.

"Decidieron modificar los códigos y mecanismos para controlar la bóveda secreta del Uritorco. Para entonces, en La Cumbrecita, a la vera del cerro Champaquí, florecía un avanzadísimo Centro Tecnológico y Científico donde trabajaban los mejores cerebros de la comunidad alemana emigrada poco antes del fin de la guerra.

"Así, mientras un equipo de ingenieros efectuaba modificaciones estructurales en el reservorio del Uritorco, cambiando la puerta e instalando un nuevo equipo de seguridad electrónica, en los laboratorios del cerro Champaquí combinaban el sistema más avanzado del mundo para acceder por medio de controles electrónicos remotos a esa bóveda secreta. Se trataba de un pequeño aparato, semejante a los que tres décadas más tarde iban a usarse para televisores, por medio del cual se ponía en movimiento el mecanismo de apertura de las planchas de acero reforzado que protegía el depósito central.

"Perón estaba al tanto de todo. Su contribución principal era brindar a los alemanes un 'paraguas' legal para que pudieran moverse libremente sin ser molestados por la policía u otro servicio de seguridad pública. El traslado de grandes maquinarias y cuadrillas de personas que iban y venían en modernos vehículos no pasaba desapercibida, por cierto, en la pequeña población de Capilla del Monte y otras de aquella región. Todos sabían, sin embargo, que 'los alemanes' gozaban de la protección estatal y estaban efectuando obras en las que nadie debía osar inmiscuirse.

"El rédito de Perón fue obtenido de una vez

por esos ingeniosos giros con apariencia inocente que el líder justicialista solía infundir a los diálogos:

"–Todo está muy bien Luisito –le dijo socarronamente a Ludwig Freude durante un partido de golf entre ambos– tus hermanos del Grial tienen su santuario nuevo pero están dejando fuera a Titurel…

"–Disculpe mi general, soy un poco lerdo para entender –titubeó Freude, quien pese a haber vivido más de veinte años en Argentina aún tenía algunos problemas con el idioma– ¿podría explicarme un poco más?

–Si ustedes son los 'Parsifal' que construyen la bóveda sagrada para el tesoro, yo soy el 'Titurel' que protege a su nieto para que pueda hacerlo en sus tierras. Como buen nieto, imagino que Parsifal no querrá tirar a su abuelo por la ventana, dejándolo sin nada…

"Después de un breve diálogo Perón lograría finalmente su objetivo: obtener una parte de aquella bóveda blindada para su uso personal. Y que le fuera concedido uno de los pequeñísimos equipos electrónicos de control remoto que los alemanes habían fabricado en sus modernísimas instalaciones del Cerro Champaquí.

–Pero si los que controlaban esos mecanismos electrónicos morían ¿quién podría abrir las bóvedas después? –preguntó Alberto –… pues me imagino que esas fortunas alcanzarían para financiar varias vidas…

–Claro –contestó Effi Hess. –De hecho, esas fortunas fueron multiplicándose. Muchos de los alemanes residentes aquí eran principales accionistas de algunas de las más grandes

empresas metalúrgicas alemanas. E irían diversificando sus inversiones en otras industrias de Europa y el mundo, incluso norteamericanas. También contribuían de un modo formidable con la economía argentina: ningún gobierno estuvo exento de solicitar su ayuda desde que aquel grupo de poder se instalase aquí, hacia 1945.

"Eran, como dices, un grupo empresario, y como tal debían garantizar la perdurabilidad del sistema. Ludwig Freude fue el primero que obtuvo su mecanismo de control remoto; se los pasaría luego a su hijo Rudolf y este, más tarde, a Erich Priebke. Los alemanes tomaban precauciones, además de Freude había otros tres que accedían a las claves, para brindar cierta plataforma de seguridad al control. Por cierto, la tecnología de la bóveda y los equipos fueron modernizándose y evolucionando con los años, así como los mecanismos electrónicos del Uritorco.

"Distinto fue el caso de Perón. Tuvo su propia bóveda. A un lado de la principal, los alemanes le construyeron una más pequeña, que sería manejada únicamente por él.

"Al parecer, había guardado allí valores de todo tipo: oro en lingotes, joyas, divisas extranjeras, obras de arte… se dice que durante los dieciocho años que duraría su exilio, iba a financiar los distintos movimientos políticos o sociales desestabilizadores de sus adversarios con estos fondos… además de recibir préstamos de bancos europeos, poniendo como respaldo su oro del Uritorco…

"Para esto era necesario que cediera el control remoto, alternativamente, a algunos de

sus colaboradores de confianza… Según fuentes justicialistas, pudieron controlar la bóveda sucesivamente hombres como John William Cooke, Paladino, Galimberti, López Rega… y mujeres como Norma Kennedy o Isabel Martínez.

"Hacia 1972, debido a la criminal rivalidad entre pandillas internas del Justicialismo, fue que Isabel Martínez, Lopez Rega y Perón decidieron cambiar el sistema de apertura de la bóveda… Y aceptar un método que le recomendó a Perón su médica personal, la doctora Ana Aslan… Injertarse, bajo las huellas digitales de los dedos de sus manos, chips, conteniendo las claves que abrían esas bóvedas a través de un avanzadísimo método de reconocimiento digital.

–Por eso es que tras su muerte comenzaron a disputarse la posesión de las manos de Perón los grupos internos…–terció el comisario Lugones.

–Así es… y no solo internos… el grupo de Orfelio Ulises, que al parecer se había aliado con otros muy poco recomendables, como una pandilla de criminales croatas o algunos militares argentinos torturadores y genocidas, fue aparentemente el que al final lograría hacerse con ellas.

–Sin embargo aún no han podido usarlas para abrir la bóveda–discurrió casi en un susurro el comisario Lugones–. Mis contactos con los administradores alemanes me han informado que no hubo ingresos en la bóveda lateral, desde la última vez… hacia junio de 1974… es decir, un mes antes de la muerte del general.

–No esperaba que me dijeras esto–, exclamó Galimberti.

–¿Y qué esperabas? ¿Que nos fuéramos todos de boca por tras de ese dinero?

–No me bardiés, Pelado. Nada de lo que hicimos hubiera sido posible sin dinero.

–En parte es verdad... pero ahora todo es distinto. El Pepe está preso, nosotros con Fernando prófugos, nuestra organización aniquilada... no vamos a correr ahora tras una aventura impredecible...

–¡No tiene nada de "impredecible"–, aseveró Galimberti... –conozco a varios de los milicos que participaron en el corte de manos, podemos llegar a un acuerdo con ellos...

–No entiendes, Galimba... vos estás en otra cosa... nosotros seguimos siendo revolucionarios...

Galimberti se puso pálido. Había engordado, con los años, y feas ojeras abotargaban sus ojos azules.

–Mirá, pelado, no me provoques...

–Ninguna provocación. Sólo una valoración objetiva.

–Creo que a vos no te interesa el dinero porque ya tienes mucho...

–Bueno, gringo, no entremos en la pavada...

–¿Donde está el dinero de Born?...

–Sabes que no puedo decírtelo.

Por un momento, el tranquilo apartamento de Sétif, en Argelia, pareció cambiar de clima. Lo que antes había sido una conversación afable, se estaba poniendo tensa. De repente, Galimberti extrajo un pequeño revólver de su portafolio negro. Como si fuese un juguete, comenzó a mirarlo y acariciarlo con su mano

izquierda, mientras hablaba.

–Mirá pelado... vos ya me conocés... sabés que cuando quiero algo, lo consigo...

–Precisamente –respondió Perdía. –Fijate lo que pusimos a tu izquierda...

Galimberti giró bruscamente la cabeza. Allí, asomando apenas de tras una cortina, un joven muy moreno, alto, con gruesos bigotes negros, apuntaba un gran revólver Manurhin MR-32 "Match" 1985, directamente hacia su cabeza.

"Francés", pensó Galimberti, reconociendo el arma. Y luego, en voz alta:

–Esta bien, Pelado. Esta vez ganaste. Pero no te descuidés.

–Chau porteñito del Barrio Norte. Andate, no me hagás perder la paciencia.

Puteando, el obeso Galimberti se retiró del cuarto. Enseguida salió por otra puerta Fernando Vaca Narvaja; a él y al joven que había apuntado a Galimberti, Roberto Perdía les comentó:

–Está totalmente extraviado, este, perdido para la Revolución... ahora se dedica a la joda más repugnante, la vida loca... Con ese tren, claro, ninguna guita le alcanza...

–¿Pretendía que revisáramos nuestra decisión de 1977, de abandonar la búsqueda de las manos de Perón?

–Ahá. Si en aquel entonces lo hicimos por la crítica situación, con nuestros compañeros cayendo masivamente en la Argentina, por la lucha revolucionaria, tampoco ahora podemos dedicarnos a eso. A diferencia de él, para nosotros la guita es sólo un instrumento, para sostener un proyecto político y social.

12

1950

El jueves 3 de agosto de 1950, Orfelio Ulises pudo al fin ser recibido por Perón. Venía solicitando audiencia desde un año atrás.

–¡Qué pasa, Herrerita! ¡me estás acribillando a cartas! – jaraneó Perón, después de abrazarlo, apabullándolo con su enorme estatura (Orfelio era un hombre más bien pequeño). Pese a ello, el cordobés se mostró altivo.

–Es lo que yo le vengo a preguntar a usted, general –replicó–: qué pasa… qué lo ha hecho abandonar a sus antiguos amigos, para rodearse con recién llegados, desplazándonos a nosotros, que supimos apoyarlo lealmente en los mejores momentos.

–No entiendo Herrerita… a qué te refieres con esto de "viejos y nuevos amigos"… para mí todos ustedes, los alemanes, son mis amigos y los trato como siempre… ya sé que vos

no sos alemán, pero entiendo que te han dado vianda en la ranchada…

–Se equivoca, mi general… –protestó Ulises–, no somos todos lo mismo, lamentablemente… nuestro grupo, custodio legítimo de la bóveda, el Toqui Lítico y el Graal… ha sido traicionado. No sé si no le han informado bien, mi general, pero un sector rupturista de la diáspora germánica, un sector al que sólo le interesan los recursos económicos, nos ha escamoteado la llave del templo sagrado, excluyéndonos incluso de la posibilidad de efectuar nuestras ceremonias ancestrales.

–A ver si nos entendemos bien, amigo Herrera –exclamó el Presidente, poniéndose repentinamente serio–: Yo nunca he cambiado de amigos en tu grupo… no sé cuántos son ni me interesan sus nombres, sé que son muchos… Como debe ser, me manejo a través de un interlocutor válido. Ludwig Freude fue y es mi interlocutor válido, antes incluso que te conociera a vos. El no me ha dicho nada de cambios de bandos ni cuestiones administrativas. Esas son cuestiones que deben resolver entre ustedes. Y si tienes problemas, dirigite a él: yo no tengo nada que hacer allí dentro. Además de tener otras cosas mucho más importantes que hacer.

Dicho esto, el general Perón apretó un timbre. Como si lo impulsara un resorte, apareció de tras la puerta un rubio gigantesco, en impecable traje gris, cuyo saco abultaba notoriamente sobre el pecho hacia el brazo izquierdo. Una enorme cicatriz le cruzaba la cara, desde la comisura del labio casi hasta la oreja.

"¡Otto Skorzeny!", pensó Orfelio Ulises.*

* Otto Skorzeny (Viena, 12 de junio de 1908 -Madrid, 7 de julio de 1975), ingeniero y coronel de las Waffen-SS. Especialista en operaciones especiales durante la Segunda Guerra Mundial. Estuvo al mando de la unidad Friedentahler.
Experto en acciones de espionaje y sabotaje, fue apodado por los norteamericanos como "Caracortada" debido a las grandes cicatrices que surcaban sus mejillas. Se hizo famoso al rescatar al dictador italiano Benito Mussolini, así como por llevar a cabo la Operación Greif que le valió el título de "El hombre más peligroso de Europa" por los Aliados. Se cree que fue uno de los principales organizadores de ODESSA en España.
Skorzeny nació en una familia de clase media, de origen húngaro (Eger) por parte de padre y vienés por parte de su madre, siendo el más joven de tres hermanos. Sus progenitores eran germanófilos muy nacionalistas, moldeando estos principios su personalidad. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, su familia, al igual que todos los austriacos, sufrió las consecuencias del Tratado de Versalles y sobrevivió gracias a la ayuda de la Cruz Roja. A los 18 años se inscribió en la Universidad de Viena para estudiar ingeniería, siguiendo así los pasos de su padre y hermano. Allí se unió a una de las muchas Schlagende Verbindungen o sociedades de Mensur que existían en Austria y Alemania. Libró trece duelos en total, y en el décimo, en 1928, recibió la Schmiss o cicatriz de honor que llevó con orgullo toda su vida. Simpatizó abiertamente con el Partido Nazi, en el que ingresó con el número de ficha 1.083.671. En 1938, durante el Anschluss, intervino a petición de un amigo suyo, Bruno Weiss, miembro del nuevo gobierno nacionalsocialista, para proteger al depuesto presidente Wilhelm Miklas en un encuentro entre la policía y su guardia personal. En 1939, Skorzeny trabajaba como ingeniero cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Inmediatamente se ofreció como piloto a la Luftwaffe, ya que tenía experiencia con avionetas, pero fue asignado a operaciones de tierra porque tenía 31 años en 1939 y porque era demasiado alto: medía 1.92. No dejándose desanimar, se ofreció para servir en la Reserva de las Waffen-SS, donde ingresa en la 1.ª División SS Leibstandarte SS "Adolf Hitler". Posteriormente fue enviado a la 2.ª División SS Das Reich. Entre 1940 y 1941, participó en las campañas en Francia, Holanda y los Balcanes. En la campaña en Rusia de 1941, donde le otorgan la Cruz de Hierro, cae enfermo y es enviado de vuelta a Viena en diciembre.

Al regresar a Alemania es ascendido a Hauptsturmführer (capitán) de la Reserva y destinado a los Servicios de Inteligencia en la Oficina Central de Seguridad del Reich en Berlín. Tras este destino es nombrado Jefe de Comandos y se le encarga la tarea de entrenar tropas especiales para labores de guerra de guerrillas, sabotajes, secuestros, etcétera. Su unidad recibió el nombre de Friedenthal.

El 25 de julio de 1943, Hitler lo designa a cargo de la operación de rescate de Benito Mussolini, quien acababa de ser arrestado, siendo desconocido su paradero. Skorzeny fue llamado a la Guarida del Lobo, cuartel general de Hitler en Prusia oriental. Venía recomendado por el propio General de las SS Ernst Kaltenbrunner jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich y de la SD. Según el propio Skorzeny, en esa reunión Hitler preguntó qué opinaba de Italia, a lo que él contestó "soy austriaco Mein Führer, la pérdida del Tirol del sur a manos de Italia (hecho sucedido tras la Primera guerra mundial) es una espina que todo austriaco lleva clavada en el corazón". Parece ser que esto decidió a Hitler a optar por él (ya que había otros soldados de diferentes ramas del ejército en la reunión) para encabezar el rescate del Duce, al que Hitler llamaba su amigo personal y "el último romano". Desde entonces estuvo buscando a Mussolini, siendo atacado por cazas británicos, que derribaron su Heinkel He 111, sufriendo algunas heridas de mediana gravedad.

El gobierno de Badoglio supo de la operación y trató de evitar que localizaran al duce emitiendo noticias falsas acerca de su paradero. Finalmente descubrió que estaba en el Gran Sasso, en el Hotel Campo Imperatore, en el pico más alto de los Apeninos; el hotel estaba ubicado en una difícil topografía. Los carabinieri que lo custodiaban tenían órdenes de ejecutarlo ante el primer intento de rescate o fuga.

Si bien dada la topografía del terreno la operación, llamada Unternehmen Eiche (Misión Roble), era complicada, el grupo de Skorzeny, compuesto por comandos paracaidistas alemanes, logró llevar a cabo la misión con éxito, aterrizando en planeadores el día 12 de septiembre de 1943 sin que se disparara un solo tiro, pues los carabinieri se rindieron en el acto. Mussolini fue embarcado en una avioneta Storch, donde también se acomodó el mismo Skorzeny como su guardaespaldas, a pesar de las protestas del piloto. Durante el despegue, la avioneta apenas pudo remontar el vuelo dado que se había excedido su capacidad de carga.

Skorzeny y Mussolini se trasladaron a Viena en un Heinkel He 111 que estaba allí especialmente preparado por Student. Por esta operación Skorzeny fue felicitado por el mismo Hitler, quien le dio la Cruz de Caballero y

además lo ascendió a Sturmbannführer de las Waffen SS. El 25 de mayo de 1944 se le encomendó la orden de capturar vivo o muerto al jefe de los partisanos yugoslavos, Josip Broz, "Tito", conocida como Operación Rösselsprung. Para este efecto envió comandos de paracaidistas al cuartel general de Tito. Los alemanes, en desventaja numérica, lograron derrotar a los partisanos, pero durante el ataque el jefe yugoslavo huyó.
El 10 de septiembre de ese mismo año el Führer lo llamó de nuevo a la "Guarida del Lobo" para ordenarle una misión secreta. Allí le informó de los contactos que el regente de Hungría, almirante Miklos Horthy, estaba teniendo con el Ejército Rojo para rendirles el país. Se le ordenó que en caso de que se intentara rendir Hungría, Skorzeny debía tomar el Burgberg, la colina donde residía Horthy.
Después de indagar en Budapest, Skorzeny descubrió que el hijo de Horthy, Niki, estaba concretando la rendición con partisanos de Tito, por lo que el 15 de octubre se dirigió al hotel donde estaban negociando y detuvo a los partisanos junto con el joven Horthy. A las pocas horas, Horthy padre anunció en la radio que Hungría se rendiría a los rusos, por lo que Skorzeny acudió al Burgberg a arrestar también al viejo. Temiendo por la vida de su hijo, Horthy decidió finalmente no rendir Hungría.
La Operación Puño de Hierro (Unternehmen Eisenfaust) se llevó a cabo esa misma noche. Skorzeny y sus tropas sitiaron la colina y se pusieron a patrullar alrededor. Los húngaros creyeron que los alemanes iban a sitiar el lugar y se confiaron. No obstante, Skorzeny subió inesperadamente con sus vehículos armados la colina y después de enfrentarse con los defensores, la tomó, con 4 muertos alemanes. El almirante Horthy fue conducido como "invitado" a Alemania, donde abdicó pocos días después. El germanófilo conde Ferenc Szálasi lo remplazó.
Durante el atentado del 20 de julio de 1944 Skorzeny estaba en Berlín cuando altos oficiales del ejército alemán trataron de matar a Hitler. Los oficiales anti nazis intentaron tomar el control de los principales centros de decisión de Alemania antes que los oficiales leales a Hitler retomaran el mando, pero Hitler milagrosamente sobrevivió al atentado con explosivos y se recuperó de sus lesiones. Skorzeny ayudó a poner fin a la rebelión, estuvo 36 horas a cargo del centro de mando de la Wehrmacht antes de ser relevado. Llegó al cuartel general de los conspiradores, el edificio de Bendlerblock en Berlín, sólo 30 minutos después de que el Oberst (coronel) Claus von Stauffenberg y los principales cabecillas del complot fueran ejecutados

por orden del Generaloberst (coronel general) Friedrich Fromm.

El 22 de octubre de 1944 Hitler convoca en su Cuartel General a Otto Skorzeny para informarle de la preparación de una ofensiva que llevaría a cabo en las Ardenas, una zona boscosa que comprende Bélgica y Luxemburgo, cuyo objetivo final era la captura del puerto de Amberes, lo que retrasaría notablemente la ofensiva en el Frente Occidental, dando tiempo a los alemanes para estabilizar el Frente Oriental.

Se le encarga a Skorzeny una operación ideada tras enterarse que algunos norteamericanos se habían disfrazado de alemanes cerca de Aquisgrán. Skorzeny y sus unidades debían traspasar las líneas enemigas disfrazados de militares británicos y norteamericanos, y sembrarían la confusión entre las tropas aliadas, justo horas antes de iniciarse la ofensiva de las Ardenas.

La unidad de Skorzeny contaba con unos 80 soldados que hablaban inglés con soltura, así como 14 jeeps americanos y 60 carros armados camuflados como tanques Sherman. Skorzeny disponía también de unos 3.500 hombres que pasarían detrás de los soldados camuflados. Después de internar a sus soldados durante varias semanas en campos aislados del exterior para enseñarles costumbres norteamericanas, Skorzeny se sintió listo para llevar a cabo la misión.

En la mañana el 16 de diciembre de 1944, dos mil cañones alemanes dispararon sobre el frente y se inició la ofensiva. Las tropas alemanas se abalanzaron sobre los sorprendidos norteamericanos pero, a pesar de cumplir sus objetivos iniciales, las bajas fueron elevadas y el avance inicial se detuvo.

Mientras tanto, varios jeeps "norteamericanos" penetraron las filas aliadas. Después de sembrar la confusión en el enemigo, lograron incluso desviar importantes unidades de su destino, y por un momento el caos fue total. Pronto los Aliados se percataron que las rutas de sus unidades habían sido alteradas por "oficiales" que estaban en los cruces de las carreteras con jeeps estadounidenses y que sin duda eran infiltrados alemanes, por lo que tomaron estrictas medidas.

Los alemanes disfrazados fueron uno por uno siendo descubiertos y arrestados. Debido a que utilizaban el uniforme enemigo, se les acusó de espionaje y fueron fusilados inmediatamente, muriendo al menos unos 20. No obstante, antes de ser ejecutados, los soldados germanos habían declarado, basándose en rumores, que el objetivo de la Operación Greif era el asalto al Cuartel General de Eisenhower y su asesinato. En este período los norteamericanos le asignaron a Skorzeny

el título de "el hombre más peligroso de Europa".
Un día, mientras se desplazaba por el frente, fue alcanzado por metralla de una granada que lo hirió gravemente en la cabeza y se le envió a un hospital en Berlín.
El 30 de enero de 1945 Skorzeny fue enviado por Himmler al frente del río Oder para detener a los rusos. Con una fuerza de 5.000 hombres, de los 20.000 prometidos por Himmler, Skorzeny salió hacia Schwedt a luchar en una guerra perdida. Después de reclutar hombres entre antiguos pilotos, heridos, ingenieros, ancianos y adolescentes, aumentó sus fuerzas a casi 15.000, la mayoría sin experiencia de combate.
El 7 de marzo Skorzeny recibió la orden de ir a Berlín para encomendarle otra misión. Allí se le comunicó que el primer puente sobre el río Rin había sido tomado por los Aliados cerca de Remagen. Hitler estaba furioso y se le ordenó que organizara un comando de hombres rana para volar el Puente Ludendorff. La operación fue un fracaso y los hombres que no fueron apresados murieron congelados en las heladas aguas del Rin.
Cuando su ciudad natal estaba a punto de caer en manos de los soviéticos, Skorzeny partió hacia Viena para conocer el destino de su familia. El 11 de abril abandonó Viena y, obedeciendo órdenes de Berlín, se dirigió al llamado Reducto Alpino, entre Austria y Alemania, donde debería organizar la defensa del último baluarte nazi. Desilusionado, descubrió que el Reducto Alpino nunca había sido construido, por lo que el 8 de mayo de 1945, Otto Skorzeny se entregó al ejército norteamericano.
Skorzeny pasó los dos años siguientes en diferentes centros para prisioneros de guerra en Alemania. Se le juzgó en Nuremberg. Allí se lo acusó de la matanza de varios soldados aliados durante la Batalla de las Ardenas (la Matanza de Malmedy), pero fue declarado inocente. Después se lo acusó de intentar matar a Eisenhower, pero esta nueva acusación carecía de fundamentos. Al final fue acusado de ordenar a sus hombres que utilizaran el uniforme enemigo durante la Operación Greif. Esto constituía un crimen de guerra y Skorzeny no pudo negarlo. Sin embargo, la acusación se vino abajo cuando el famoso jefe de escuadrón y espía inglés Yeo-Thomas conocido bajo el apodo de Conejo Blanco vino en su ayuda y testificó que los ingleses también habían usado el uniforme enemigo durante la guerra.
Aunque Skorzeny fue declarado inocente de todos los cargos, se lo internó en un campo de desnazificación. Se intentaron abrir nuevas causas contra él, pero estas se venían abajo por falta de fundamentos o porque los supuestos testigos se retractaban en los careos

con Skorzeny. El austro-húngaro nunca se retractó de sus ideales nacionalsocialistas y consideró a Claus von Stauffenberg "un traidor que jamás debió haber estado en la Wehrmacht". Este héroe nazi escapó a España, gracias a la ayuda de un grupo de antiguos oficiales de las SS, el 27 de julio de 1948. Skorzeny se estableció en Madrid y siguió trabajando de ingeniero representando a prosperas compañías alemanas del acero. En España fue bien tratado por el régimen franquista y gozó de gran prestigio y popularidad debido a sus hazañas en la guerra. Su estancia en Madrid se vio perturbada por la sospecha de que ayudó a criminales nazis a escapar a Málaga y Alicante, a través de la organización ODESSA, creada por antiguos miembros de las SS.

También residió en Bolivia y Argentina, organizando fuerzas de seguridad, y tuvo contactos con varios nazis, como el piloto Hans-Ulrich Rudel, Adolf Eichmann y Josef Mengele entre otros. Fue consejero y jefe de la custodia del presidente argentino Juan Domingo Perón. En los años 50 militó por la creación de un cuerpo de ejército de carácter anticomunista en España, formado por antiguos alemanes nazis, refugiados bajo la dictadura de Franco. Fue auspiciado diplomáticamente por un ex capellán alemán de la División Cóndor y voluntario de la División azul, apodado "Padre Conrado", que buscó el apoyo del Vaticano. El espionaje de Alemania Occidental estuvo al tanto de sus intenciones. La justificación era la creación de un ejército de reserva o integrado en el ejército español bajo el nombre de Legión Carlos V, ante "una inminente guerra mundial contra el comunismo".

Publicó sus memorias en dos tomos titulados Vive peligrosamente y Luchamos y perdimos. En Argentina se publicó en 1954 un condensado de los dos tomos titulado Misiones secretas. Su Autobiografía fue best seller, siendo tomada como lectura obligatoria por algunos ejércitos como el de los EE.UU. e Israel. El haber salido limpio de las acusaciones a las que fue sometido por los aliados, así como el extraordinario coraje que demostró en batalla crearon de él a un héroe de comandos.

Durante sus últimos años Otto Skorzeny vivió en Alcudia (Baleares), y murió por cáncer de pulmón (padecía de tabaquismo) en Madrid, el 7 de julio de 1975, a los 67 años siendo un nacional socialista convencido hasta el mismo día de su muerte. Fue cremado en Madrid y la urna con sus restos fue llevada por Alemania hasta Austria haciendo etapas donde hubo actos conmemorativos. Sus restos fueron inhumados en el panteón de su familia en Viena, Austria. (Wikipedia.)

–Otto, acompañalo al señor hasta la puerta… es un amigo, ¿lo conoces, no?

–No lo conozco –respondió secamente el ogro, con acento alemán.

"*Sí* me conoces, hijo de Puta. Estuviste conmigo en varios de los entrenamientos que hicimos con los peruanos, en 1929. Te haces el boludo ahora…"

–Ah, bueno… te lo presento, entonces: Ramóncito Herrera, más conocido como "el Toqui Lítico", cordobés y peronista de la primera hora… ¿no es así, Herrerita?...

Orfelio no recuperó la tranquilidad hasta que estuvo lejos de la Casa Rosada, caminando hacia la Terminal de Retiro para regresar a Córdoba. Durante los minutos interminables que tuvo junto a sí al imperturbable Skorzeny, creyó que habían decidido asesinarlo. Y el mismo hombre que fuera capaz de rescatar a Benito Mussolini, de entre las narices mismas de los yankis ocupando Italia, iba ser el encargado de gestionar su viaje, no hacia Capilla del Monte, sino al *Walhalla*.

13

1987

En el mugriento piso de una casita de Unquillo se arrastraba y sollozaba el capitán Rolando Augusto Vadecich. Tenía las manos sólidamente amarradas a la espalda, un charco de sangre se mezclaba con la que seguían manando sus heridas, en varias partes de su desnudo cuerpo.

–No sé nada, Darko, te lo juro

El croata lo pateó en la cabeza con su pesado borceguí.

–¡Ya te he dicho que no me llames "Darko"!..

–¡Perdón!... –sollozó Vadecich –coronel… Miloslavic… ¡no me han dicho nada!... ¡me han dejado solo! ¡se han ido ellos llevándose el botín, sin avisarme adónde iban!...

El croata tomó al atribulado prisionero por los pelos y estrelló repetidamente su rostro contra el suelo:

–¡Mientes, mientes, mientes, hijo de una puta! –, gritó. La nariz del capitán Vadesich ya estaba quebrada, por anteriores golpes, pero le provocó igualmente agudísimos dolores en el cerebro, que por poco lo desvanecen.

El croata se irguió en toda su voluminosa estatura.

–Escúchame bien. Ahora iré a comprarme cigarrillos. Te daré tiempo para pensar. Si cuando vuelvo no me dices dónde están los otros, esta noche misma iremos a casa de tu amante. Después de culiarla, la obligaremos a que nos lleve hasta tu casa. Allí liquidaremos a tu puta mujer y a tus dos hijos. No sin antes culiarlos a ellos también.

Vadecich sintió otra vez vahídos como para desmayarse.

–¿Me has oído?…–preguntó Miloslavic, agachándose junto a él.

Vadecich levantó la cabeza, apenas, para asentir… y la sangre brotó a borbotones de su nariz.

Unos quince minutos después percibió el olor penetrante de los Parissienes. Había tomado la decisión. No esperó a que Miloslavic le preguntara.

–Están en Brasil… en un pueblito llamado Arroio do Sal… tienen las manos… Yo debo encontrarme con ellos el 20 de octubre a las seis de la tarde…

–¡Hoy!... –se irritó Miloslavic– ¿y qué hacías vos en el departamento de tu mina?...

–Íbamos a viajar juntos…

–¡Sranje! –maldijo el croata, como si estuviera solo... –¡Oni su već sedam sati popodne!

Y luego, hacia la puerta, gritó:

–¡Marko! ¡Marko!

En el acto apareció otro gigante cabezón.

–¡Upali auto! Otišli smo odmah u Brazil!

–Oh… –se sorprendió el grandote: –imam li vremena javiti Olga?

–¡Ne! ¡Rekao sam ti da idemo već isti!–le gritó el coronel Miloslavic. El otro se fue, presuroso.

–Escucha hijo de puta…–siseó Miloslavic– dame ahora los datos de lo que iban a hacer con esas manos…

Vadecich no contestó.

–No tenemos mucho tiempo…–lo apremió Miloslavic.

–Prométeme que no me matarás…–rogó el oficial argentino con el rostro cubierto de moretones y sangre.

–Te lo prometo…–dijo Miloslavic.

–…júramelo… –insistió Vadecich.

–Te lo juro –respondió Miloslavic.

–¿Por quién? –quiso saber Vadecich.

–Por mi madre… ahora dímelo.

–Bien… yo soy el contacto entre el general Menéndez y un empresario norteamericano. El 22 de octubre por la mañana, debía comunicarse conmigo para encontrarnos. Entonces, él nos daría los comprobantes de quince depósitos en bancos de diferentes lugares del mundo, a nombre del general Menéndez. Y nosotros le entregaríamos la conservadora, con las manos dentro.

Sin decir palabra, Miloslavic se incorporó. Había estado de cuclillas junto al prisionero, hasta ese momento. De una cartuchera que llevaba colgada del cinto, a su espalda, extrajo una pequeña pistola. Y casi sin apuntar, des-

cerrajó cuatro balazos sobre la cabeza de Vadecich.

Después, salió tranquilamente de la habitación. "Entierren al muerto atrás", ordenó: "quemen la ropa". Quédense únicamente con su teléfono celular.

14

1999

–Bueno, la carta que yo quería compartir es la del coronel Riccardi, enviada desde una estafeta postal del interior de Santa Fe…–dijo el comisario Lugones.

–Ah, yo creía que era la de Orfelio Ulises, que leíste en parte ya…

–No, lo había hecho sólo de un modo ilustrativo… Esta carta es más importante, en realidad la que motivó que los convocara, a vos Alberto y a vos Effi, por los conocimientos que tienen sobre el tema…

–Gracias, dijo Alberto, Effi asintió.

–Es muy breve…–anticipó Lugones. –Pero contiene una revelación importantísima. La leeré:

–Dale…

–San Cristóbal, 25 de junio de 1999.

"Señor Don
"Adrián Lugones
"Comisario Inspector
"Policía Federal
"S……. /……D

"De mi mayor consideración:
"Me dirijo a usted para comunicarle detalles de importancia respecto de las manos hurtadas de quien fuera en vida el teniente general don Juan Domingo Perón Sosa.
"Lo hago en mi condición de argentino, de militar retirado y con el propósito de enmendar aunque más no fuera en parte una serie de hechos en los que me vi involuntariamente implicado hace no demasiado tiempo atrás.
"Si esta propuesta fuera de su interés, por favor tenga a bien contestarme a la siguiente dirección:
"Casilla de Correo 321
"Estafeta No.2
"Longchamps
"CP 1854
"Provincia de Buenos Aires
"Al recibo de su atenta contestación me comunicaré telefónicamente con usted a su oficina, de inmediato.
"Atentamente:

"R.P.D."

–¿R.P.D.? –inquirió Alberto –¿No dijiste que era un tal coronel Riccardi?

–Es Riccardi –contestó Lugones. –Eso lo averiguamos nosotros luego. Él nunca me dijo su nombre ni su grado… sólo dijo que "fue militar"…

–Ah, se encontraron... –observó Effi.

–Sí… poco después de que le contestase, me llamó e hicimos una cita. Nos encontramos en El Preferido de Palermo, un día de semana como a las seis de la tarde…

"Por precaución, dos de mis hombres y una mujer policía, de civil, se ubicaron muy cerca de nosotros… ellos tomaron fotografías, discretamente… gracias a eso pudimos identificar a Riccardi enseguida…

–¿Él no sospechó nada?...

–Al parecer no… creo que estaba un poco desesperado… sus sentimientos de culpa quizá no lo dejaban dormir… quién sabe cuántos crímenes habría cometido, por voluntad propia u obedeciendo órdenes, durante la dictadura militar… quería sacarse de encima alguna de sus culpas, tomándose la única precaución de no hacerlo por escrito…

"Se lo veía demacrado y viejo, teniendo en cuenta que no debe ser un hombre con más de cincuenta y cinco años…"

–¿Y qué te dijo?

–Nada más que lo esencial… Que "tenía conocimiento", así se expresó, de que yo estaba al frente de la investigación Federal sobre el destino de las manos de Perón…

Que sabía "fehacientemente" que "dichas manos habían sido abandonadas durante el mes de octubre de 1987, a poco de haber sido robadas, en un apartamento de veraneo en la costa brasileña"…

–¡Ah, mirá vos…! –exclamó Alberto.

–Sí… –contestó el comisario Lugones– me dio aproximadamente la ubicación… aunque no recordaba exactamente el nombre de

la calle y su número, dijo que iba a ser muy fácil averiguarlo consultándolo con el agente inmobiliario… según Riccardi, hacia 1987 era un hombre muy joven, así que en la actualidad debía de estar por los 42 o 43 años, calculó…

–Te dijo su nombre…

– Djavan Oliveira…

–Ah, Djavan… como el cantante…–comentó Effi.

–¡Qué bueno! –se entusiasmó Alberto–. Es un pueblo pequeño… no será difícil encontrarlo…

–Así es… según Riccardi, él debe saber algún destino final que hayan recibido aquellas manos, abandonadas, aseguró, dentro de un hermético maletín metálico, protegido con una combinación alfa-numérica, lo cual hace imposible abrirla si no se conoce la clave.

–Ahora… me pregunto…–reflexionó Alberto Feijóo–…han pasado once años o poco más desde que fueran cortadas esas manos, de un cadáver ya en proceso de disgregación… ¿en qué estado las encontraríamos hoy? Suponiendo que las encontremos…

–Lo que dijo este militar es que sus "apropiadores" –es el término que utilizó– las habían sumergido en un fluido especial, que podía conservarlas indemnes por más de cien años, encerrándolas al vacío luego, en una caja de cristal a prueba de balas…

–Mmm… –dudó Alberto…– ojalá que sea así. ¿Tienes algún plan para recuperar ese maletín?

–Sí. –contestó el comisario Adrián Lugones–. Viajar inmediatamente a Arroio do Sal. Donde según Riccardi, podría estar aún, olvi-

dado, el maletín y la caja conteniendo las manos de Perón.

15

1951

Unas veinte personas, entre mujeres y varones, con una edad promedio de entre cuarenta y cincuenta años, estaban reunidas alrededor de una ancha mesa, en el comedor de aquella casa bastante amplia del pueblo cordobés de San Francisco del Chañar. Exhibían rostros preocupados; hablaban en voz muy baja. Pese a que el edificio estaba rodeado por más de cinco hectáreas de arbustos y sembradíos, dentro de una finca, bastante alejada de la población central. Alejandro Lugones, sobrino del poeta, dirigiéndose a Orfelio Ulises, quien desde la cabecera conducía la reunión preguntó:

–¿Estás seguro de lo que vas a hacer? ¿No es una determinación excesivamente drástica la que vas a tomar, querido hermano?

–Por el contrario… creo que debería haber-

la tomado antes… hace un año atrás, cuando tuve que atravesar toda la Casa de Gobierno con Otto Skorzeny al lado…

Poco después de haberse entrevistado con Perón, Orfelio Ulises recibió la visita del médico Joseph Mengele. Quien fríamente le sugirió que sus actividades "individualistas" estaban suscitando molestias en "La Comandancia en el Exilio". Como llamaban al grupo de nazis que manejaba ahora los fondos del Tercer Reich trasladados a la Argentina.

–No lo hice antes por mi compromiso trascendental con los proto-arios ándinos, nuestra piedra Sagrada de Vultán y los antiguos pueblos del Simihuinqui.

Todos bajaron sus cabezas con devoción al escuchar aquellos nombres.

–Nosotros sabemos que nuestro Bastón de Mando, esculpido en basalto, y cuyo pulido fue datado en más de 7.000 años, desconcierta notablemente a los historiadores y arqueólogos. Y que la reliquia fue traída hasta Argentum por nuestro amado caballero Parsifal, junto a varios de sus cofrades, que atravesaron nuestro país para despositarlo en esta región sagrada. Pero este es un conocimiento que debemos preservar y a la vez difundir con discreción entre los iniciados.

El silencio de los circunstantes era absoluto.

–Sabemos también que los aborígenes cordobeses, sanavirones y comechingones, eran en realidad descendientes de los portadores del Grial. De allí el color rubio de sus cabellos, sus ojos claros y su piel blanca, que sorprenderían a los conquistadores españoles.

"El *minnesinger* Wolfram Eschenbach, au-

tor del poema *Parsifal* en 1150, manifiesta que la narración fue tomada los proto-arios asiáticos, donde el personaje fue conocido como Parzival (en la India, Tibet o Japón) –continuó disertando Orfelio Ulises, a quien Perón llamaba "Herrerita", por su verdadero nombre: Ramón Alberto Herrera.

"También una parte de ésta epopeya, de los años 800, fue popularizada en regiones europeas y cantadas por un poeta provenzal llamado Kyot.

"Según estas narraciones, el Vaso Sagrado había sido conservado por los primeros cristianos en el castillo de *Munssalvaesche*, en los Pirineos. De allí el incesante trabajo de los Herméticos alemanes y tibetanos tratando de descubrir la presencia mitólogica del Santo Grial, de la Cruz de los Templarios o de los restos de Parsifal en esas montañas, que dividen Francia de España.

"Fueron los indios comechingones –aborígenes barbados y de rasgos nórdicos que poblaban la región antes de la llegada de los españoles– quienes, por razones que desconocemos, fueron honrados con las visitas de dioses extraterrestres, residentes en la ciudad subterránea de Erks, en las entrañas del Cerro Uritorco.

"Ellos les entregaron el bastón, que era una especie de 'antena' gracias a la cual, y en el marco de las adecuadas ceremonias, podemos entrar en contacto con aquellos seres superiores de otros mundos."

Aquí Ulises efectuó una prolongada pausa, para observar el efecto de su narración. Tanto mujeres como hombres permanecían profun-

damente concentrados en lo que el chamán decía.

–Pues bien. Hoy nuestro sagrado Toqui, como las tradiciones de los arios verdaderos, han sido puestos en peligro por mercenarios que sólo buscan provecho terrenal. Mi desaparición por asesinato asestaría un grave golpe a la comunidad de Erks, dado que desaparecería, conmigo, el conocimiento otorgado durante décadas de preparación en Shamballa y otros ejercicios a los que se me ha sometido desde la elección de mi modesta humanidad para cumplir los mandatos celestiales, por parte de los Maestros.

"Es por ello que he tomado esta decisión. Para preservar mi cuerpo, y los conocimientos ancestrales… pasaré a la clandestinidad.

"Oficialmente, cederé el control del Toqui Lítico, así como la conducción pública del movimiento, a uno de nuestros hermanos, de nuestra mayor confianza. Pero en la práctica continuaré dirigiendo la organización, pues así lo determinaron nuestros Hermanos Mayores. Sólo que, a partir de mañana, llevaré adelante esta tarea desde el más absoluto secreto."

Luego de varios segundos de respetuoso silencio, Maximiliana Oskar se atrevió a preguntar:

–¿Y qué diremos a los otros hermanos y a la sociedad cuando nos pregunten de usted?

–Que he muerto –contestó Ulises–. Fuera de las veintiún damas y caballeros que hoy se encuentran aquí, nadie más deberá saber, de ahora en adelante, que continúo en el mundo físico.

Tres días más tarde, el domingo 12 de agosto de 1951, La Voz del Interior publicaba el aviso fúnebre, acompañado por un escueto obituario.

"El ocho del corriente mes de agosto de este año 1951, dejó de existir en la localidad de San Francisco del Chañar el M.M.M.C. Orfelio Ulises", avisaba. "Un pequeño accidente doméstico provocó, inesperadamente, la fulminante infección que precipitaría, en cuestión de horas, su lamentado fallecimiento".

Hacia las once de aquel mismo día, el médico Joseph Mengele y el físico nuclear Othmar Gottschalk estudiaron el avisito.

–¿Será verdad? – se preguntó Mengele. – Este pícaro argentino yerno de Hess nos puede estar preparando alguna trampa.

–No sé –dudó Gottschalk… –No creo que se atreva a tanto… por lo poco que lo conocí, me impresionó como un personaje al que le agrada el protagonismo y el liderazgo… Si tuviera que desaparecer de la escena pública, me parece que no lo soportaría…

Lo cierto es que nadie vería personalmente, desde entonces, a Orfelio Ulises. Salvo un pequeño grupo de escogidos, bajo el control de Margarita Hess: oficialmente, "su viuda".

16

1999

Adrián Lugones no era un policía típico: pero algo en su aspecto delataba esa condición. Tal vez su pelo muy corto, el grueso bigote negro, una incipiente obesidad, las manos pesadas, el tonillo autoritario de su lenguaje habitual. Por ello Djavan Oliveira no dudaría cuando, luego de mostrarle una credencial de la Policía Federal Argentina, Lugones le dijo que venían a interrogarlo.

–¡Hace más de diez años que esperaba esta oportunidad de hablar! –dijo el ya maduro socio de *Cabanas Figueirinha*: –¡aquel suceso nos dejó muy afectados!...

Cortésmente, hizo pasar a Effi, Alberto y Adrián a una pequeña pero coqueta oficina en su local de Rua Osório 1374, Arroio do Sal.

–Sucedieron cosas increíbles y feas en aquel breve lapso cuando vinieron aquellos dos ar-

gentinos con esa caja metálica–, se despachó Djavan, quien efectivamente parecía haber estado esperando el momento de contar su historia.

–No sólo se fueron antes de lo previsto… sino, más tarde, vinieron otros argentinos, que destrozaron el apartamento… por suerte yo no estaba allí ni tampoco me detectaron… quizá no me buscaron, por suerte yo no les importaba, sino la caja…

–¿Podría reconocer a alguno de ellos si le mostrase fotos? –interrogó el comisario Lugones.

–No sé… a los dos primeros, quizá… –dudó Djavan Oliveira –…pero a los depredadores no los vi… ellos vinieron como un torbellino, dos días después que se habían ido los de la caja, rompieron la puerta del apartamento, revolvieron todo, destruyeron los muebles, la cocina, el baño y hasta despanzurraron el televisor… Anduvieron merodeando por el pueblo, la gente les tuvo miedo, ya que andaban visiblemente armados… Aunque parecían sentirse impunes, pues cenaron opíparamente en Girotto, antes de irse; yo tenía tanto miedo que no me asomé ni a la vereda de mi casa… es más, toda aquella tarde, cuando me avisaron lo que habían hecho, la pasé de rodillas en el sótano, rezando para pedir que no vinieran por mí…

–¿No hay policía aquí? –preguntó Effi.

–Señorita… los tres o cuatro policías que cuidan a este pueblo tranquilo han sido entrenados para guiar a los turistas y ayudarles a encontrar playas lindas… nadie le roba a nadie aquí, nos conocemos todos, incluso, casi

todos somos medio parientes… estos argentinos eran como bestias salvajes… –perdón–, se interrumpió Djavan –nunca habíamos tenido antes problemas con argentinos… de hecho, vienen muy pocos… pero estos, especialmente, iban mostrando escopetas que los policías de aquí sólo conocían por la televisión… nadie se atrevía siquiera a mirarlos demasiado…

–Los croatas… –musitó Alberto Feijóo.

–Usted habló de una caja metálica… ¿Cómo sabía que los dos primeros argentinos tenían una caja metálica?... ¿sabe lo que contenía? ¿tiene alguna idea sobre lo que pudo haber sucedido con ella?...

–Contestaré en orden sus preguntas –dijo Djavan, con cierta fruición: repentinamente había cobrado conciencia de estar jugando un papel protagónico en alguna historia importante: –Supe de ella, porque los primeros argentinos la dejaron abandonada en el apartamento cuando se fueron…

–¡La dejaron! –exclamó Effi–: ¿y usted la encontró?

–Yo la encontré…–respondió Djavan, feliz de que la bonita alemana fijara en él sus preciosos ojos azules…

–¿Usted la tiene?... –se entusiasmó aún más Effi…

Deliberadamente, sólo para que ella siguiera mirándolo, Djavan la observó detalladamente, a su vez… Sus cabellos como el oro caían en suave melenita a ambos lados de las mejillas, enmarcando un sonrosado rostro con forma de durazno y terminado en un mentón cuyo centro, como un toque caprichoso y delicado, lucía una especie de huequito natural. Los

rojos labios de la joven muchacha se abrían, húmedos, mostrando el anhelo de sus pensamientos y, también, sus grandes, blanquísimos dientes afilados.

Inesperadamente fastidiado, Alberto pensó: "este negro se la está comiendo con la mirada". Djavan no era precisamente "negro", sino esa especie de individuo tan propia del Brasil, una armoniosa confluencia de razas, entre aborigen, europeo y africano, que los hace tan gráciles, tan notablemente simpáticos, dúctiles y atractivos. Debía de tener unos cuarenta y cinco años ya, entre su pelo enrulado podían percibirse algunas canas. Por fin contestó.

–No…

Hubo un minuto de silencio entre los cuatro, en que todos bajaron sus cabezas como si estuvieran conectados por una extensión mental.

–¡La tiré al mar! –exclamó Djavan con acento de compunción y temor: –¡No podía quedarme con ella!...

–¿Por qué? –interrogó Lugones.

–¡Eran objetos de magia negra!... –casi gritó el brasileño–…discúlpenme…–agregó–, tal vez ustedes no creen en estas cosas… pero nosotros sí…

–¿Usted la abrió? –se asombró Effi– ¿pudo ver su contenido?...

–Sí…–contestó Djavan– pude ver su contenido… ¡unas manos humanas! ¡manos cortadas de alguien humano… típico recurso de los ritos kimbanda… ¡que a mí me dan mucho miedo! ¡soy hombre civilizado, quiero vivir en paz!...

–¿Cómo pudo abrir la caja? ¡Tenía una

combinación compleja, según nos dijeron!... –dijo el comisario Lugones.

Djavan lo miró con cándida suficiencia:

–No hay combinación impenetrable para mí… he resuelto acertijos matemáticos desde la infancia… yo la abrí… no digo que me fue fácil, me llevó más de dos horas, pero la abrí…

–¿Entonces usted tiró la caja? –se interesó Alberto Feijóo. –¿Podría decirnos dónde?...

–Sí –contestó Djavan–. La tiré al mar.

–Es un pecado haber venido a Arroio do Sal e irnos sin haber conocido la Lagoa Pinguela– bromeó Alberto Feijóo. Ello por la reticencia de su amigo Adrián Lugones, ante su propuesta de emprender un viaje en bicicleta hacia el balneario.

–Ocurre que no me siento muy bien… el biaribiri que comí anoche me reventó el hígado… además, no me veo con mis ciento veinte kilos, en bicicleta…

–Yo te acompañaré… –exclamó Effi. Era en realidad lo que Alberto había estado esperando.

–Perfecto –dijo Adrián. –Yo dormiré una siesta y luego averiguaré por equipos de buceo. Aunque no tengo ninguna esperanza de encontrar la caja en el mar, doce años más tarde, no estaría de más intentar una búsqueda.

Después de una comida liviana al mediodía Effi y Alberto partieron en dos bicicletas. La *Estrada do Mar* lucía casi desierta; cada tanto se cruzaban con algún nativo que venía en sentido contrario, también en bicicleta; apenas pasaron dos o tres automóviles con turistas por al lado de ellos. Como a las cinco de la

tarde, llegaron. El día estaba perfecto. Soleado pero no extremadamente caluroso, se prestaba para ir directamente a la playa frente a la laguna. Tras ella, la serranía arborecida otorgaba una sensación de intimidad. Quitándose los livianos vestuarios quedaron en malla de baño. Alberto extrajo su termo de la mochila y preparó el mate.

–¿Cómo es que aparecieron esos croatas en esta historia? –preguntó Alberto, volviendo al tema recurrente que los había unido –. Creo que me perdí algún capítulo.

–Son un grupo de mercenarios que trabajaron para la dictadura militar entre 1973 y 1983. Los trajo López Rega, luego siguieron actuando en la represión criminal de la guerrilla marxista y peronista revolucionaria durante El Proceso – explicó Effi Hess.

–¡Ah! ¡Y por ello es que se enteraron de toda este asunto de las manos de Perón y El Toqui.

–Respecto de El Toqui, hacia 1975, ellos entraron en contacto con el grupo de Orfelio Ulises. Pues habían sido convocados en Córdoba, para entrenar un grupo de criminales que se nombró a sí mismo "Comando Libertadores de América".

"Por entonces el grupo de Ulises ya no era controlado por él… paulatinamente un envejecimiento prematuro, unido a su clandestinidad voluntaria, lo había ido obligando a ceder ese rol a un pequeño grupo de cofrades. Coordinados por un abogado y profesor, junto a varios otros pequeños burgueses de la zona. Los unía un filo-nazismo que, a través de la ultra derecha del peronismo primero y por

medio de sus contactos militares, más tarde, terminaría conectándolos con este grupo de mercenarios croatas.

"El Toqui había pasado de manos del matrimonio Orfelio Ulises-Margarita Hess, al custodio de este profesor Terán que te mencioné antes: un criollo megalómano y más germanófilo que los mismos nazis, como suele suceder en estos casos."

–¿Qué sabes sobre las propiedades extraordinarias que se atribuyen al Toqui? –preguntó Alberto.

–Sólo un mito –contestó Effi. –Inventado por mi bisabuelo Rudolf Hess para justificar el secretismo con que se lo cubría. Era en realidad una pieza magnetizada, cuya función mecánica consistía en actuar como llave para la apertura de la bóveda, donde fueron acumulando tesoros robados en diversos lugares de Europa durante la guerra, muchos de ellos a los judíos, otros en museos o colecciones privadas… así como grandes cantidades de oro en lingotes que el régimen nazi había venido rapiñando desde principios de la década de los treinta."

–¿Y cómo es que se desarrolló luego toda esa historia tan compleja del cacique Calfucurá, Parsifal, los extraterrestres y tantas otras yerbas que circularon durante estos últimos treinta años?

–Ya sabes cómo es… la imaginación de algunos entusiastas y luego de echado a rodar cualquier mito más o menos interesante no deja de crecer… También Ulises y la familia Hess necesitaban valorizar a esta pieza mecánica, que había caído en desuso por la traición de sus aliados locales, incluyendo a Perón…

–Ah, cuando cambiaron las cerraduras de la bóveda…

–Claro… esa fue una jugada maestra, en realidad, de Rudy Freude* y Carlos Fuldner**, quienes estaban hartos de que Rudolf Hess les controlara las finanzas desde la cárcel de Spandau… Con Perón la situación fue distinta, pues si bien él manejaría también el ingreso general, desde el inicio establecieron una sub bóveda, en la cual supongo se depositaría más o menos un décimo de las inmensas fortunas de los nazis en la Argentina…

"Bueno, volvamos a los croatas –exclamó Effi–: fue la desesperación del grupo de Ulises, que en aquellos treinta años había perdido por

* Rodolfo Freude fue amigo y colaborador de Juan Domingo Perón. Durante la Segunda Guerra Mundial secundó a su padre, el inmigrante alemán Ludwig, quien financiaba el espionaje nazi en la Argentina. También administró los fondos y las actividades diplomáticas de la embajada del Tercer Reich cuando, en 1944, se vio obligada a cerrar. En 1946 Perón lo llevó a la Casa Rosada como su Director de Informaciones. Junto con Carlos Fuldner, organizaron Odessa, un corredor interoceánico que trasladaría a fugitivos como Joseph Mengele, Erich Priebke o Adolf Eichmann. Freude coordinaba las reuniones que Perón mantenía en la Casa Rosada con los nazis que operaban aquella red. Por años, después de 1955 y especialmente durante la dictadura militar de 1976-1983, sería un referente del "nacionalismo" argentino. Murió en mayo de 2006.

** Horst Alberto Carlos Fuldner Bruene (Buenos Aires, 16 de diciembre de 1910 - Madrid, 1992): militar, espía, político y empresario. Desempeñó el cargo de Hauptsturmführer (capitán) de las SS. Luchó y actuó como intérprete entre 1941 y 1943 en la División de Voluntarios Españoles en el Frente Oriental. Regresó en 1945 a la Argentina. Ocupó diversos cargos políticos durante el gobierno de Juan Domingo Perón. Fundó la empresa CAPRI Fuldner y Cía., a comienzos de los años 50. En Argentina y España era conocido como Carlos Fuldner y en Alemania como Horst Fuldner.

completo el control de la Bóveda del Uritorco, la que los llevaría a apelar a esos asesinos. Creyendo, ingenuamente, ser capaces de utilizarlos para sus fines…

"Al final, según parece, fueron estos croatas quienes lograron convencer a un pequeño grupo de oficiales argentinos del Ejército, para montar ese operativo con el que robarían las manos de Perón, profanando su tumba."

A todo esto había caído la oración sobre el lago Pinguela. Tras las serranías, un difuminado carmín teñía las anfractuosidades de la roca y las copas de los arbolillos frondosos que las tapizaban. Alberto apenas percibía este maravilloso paisaje, donde de tanto en tanto sobrevolaba una garza, posándose sobre la otra orilla para proveerse de agua. Estaba arrobado por Effi. La admiraba, no sólo por su inteligencia y versación. Sino por lo hermosa que era. Ella percibía por cierto su encantamiento. Repentinamente, Alberto la besó. Y ella, lo dejó hacer.

Alberto despertó cuando comenzaron a cantar los pájaros bajo el claror del alba. Inmediatamente giró la cabeza hacia su izquierda, buscando a Effi. Se sintió feliz de constatar que aún estaba allí. Dormía. Constató que habían pasado muchos años ya sin alcanzar este nivel de felicidad. Agradecido, se mantuvo quieto, con las manos bajo la nuca, percibiendo el paulatino avanzar de la claridad mañanera como una caricia sobre su piel. Repentinamente lo sacó de su deliquio un ligero ruido como de alguna presencia mecánica. Levantó la cabeza. Y vio a una joven que bordeaba la laguna arrastrando un forcaz con cuatro ruedas. Automáticamente se sentó, esperando

que se acercara para hablarla. Cuando esto sucedió, le dijo:

–¡Hola! ¿Qué haces tan temprano por aquí? – para esto, también Effi se había despertado.

–Bom dia senhor e senhorita! Eu trabalho aqui! –contestó la muchacha, que no debía de tener más de dieciocho años.

–¡Ah! ¿Y cuál es tu trabajo?

–Limpeza da praia... e você são turistas, certo?

–En realidad no… –contestó Alberto– vinimos a buscar un tesoro… pero ya no creo que lo encontremos…

Nunca supo la razón por la que tuvo aquella salida. Se diría más tarde que la euforia por su noche con Effi lo había euforizado. La joven pareció ponerse en guardia:

–E que tipo de tesouros que você procura? –preguntó.

–Una caja de metal… –replicó Alberto, en la misma tónica impetuosa a la que parecía lanzado. Effi miraba a ambos con los ojos muy abiertos. La muchacha también abrió mucho los ojos… Con asombro, exclamó:

–Você é quem sempre esperado meu avô!

–¿Por qué lo dices? –preguntó Alberto.

–Meu avô encontrou uma caixa de metal... como 10 anos atrás... ele disse que era mágica e que seus proprietários certamente virá a olhar...

–¿Dónde la encontró? –inquirió, ya entusiasmada, Effi.

–À beira-mar... na praia de Arroio do Sal…

–¡Es esa! –gritaron ambos…– Alberto agregó: –¿Dónde está tu abuelo? ¡Queremos hablar con el *ya*!...

–Meu avô está em sua casa... Eu vivo com ele... venha comigo, eu vou levá-lo lá.

A partir de entonces todo adquirió una velocidad alucinante. En cinco minutos estuvieron en la modesta pero confortable morada del anciano. Quien la habitaba solo con su nieta. Ella les explicó que durante muchos años, él había trabajado para la municipalidad de Arroio do Sal, de donde se había jubilado. Ahora no podía caminar, y tras haber enviudado en su juventud, aceptó que su nieta, quien no hallaba trabajo en la ciudad, viniese a acompañarlo. Durante décadas, el anciano había sostenido esa conducta ética. Cada vez que hallaba un objeto valioso en las playas, lo guardaba cuidadosamente, en su oficina del municipio. Hasta que sus dueños vinieran a buscarlo. Recibiendo generalmente una propina. Esta vez no ocurrió así, pues antes que nadie preguntase por la caja, había accedido a la jubilación. Pese a ello, mantuvo siempre la idea de que si era algo importante… tarde o temprano sus dueños vendrían a buscarla. Al conversar con ellos, el hombre creyó todo lo que le decían Alberto y Effi, quienes le contaron la verdad sobre su misión. Entonces, él pidió a su nieta que trajera el objeto, para constatar que se trataba, realmente, de lo que ellos buscaban…. Y sí… era la caja metálica, con las manos de Perón.

La alegría de ambos era tanta que extrajeron todo el dinero que llevaban –unos doscientos cincuenta dólares, entre los dos– y se lo obsequiaron al anciano y su nieta, antes de emprender de nuevo la ruta hacia Arroio do Sal en bicicleta, sin desayunar.

Llegaron cerca del mediodía. Adrián aún estaba en la cama. No se sentía bien, dijo, quería regresar cuanto antes a la Argentina.

–Bueno–, dijo Effi –tenemos una sorpresita que te va a mejorar… ¡cerrá los ojos!... –de mala gana, el comisario lo hizo.

–Ya puedes mirar –volvió a decir Effi.

Cuando Adrián Lugones abrió los ojos vio que sus dos amigos sostenían una caja metálica como de cincuenta centímetros por setenta de ancho, levantándola a la altura de sus pechos con las manos.

–¡La caja! –gritó Adrián. Y se sentó como impulsado por un gran resorte sobre la cama. –¿Cómo la encontraron?

Effi y Alberto narraron la inaudita historia de su expedición a Lagoa Pinguela (obviando detalles personales, por cierto), hasta el momento en que pudieron recuperar, de una manera que consideraron mágica, aquel objeto tan deseado.

Como lo preveía Effi, el suceso insufló energías en el comisario Lugones. Así que, luego de almorzar, los tres emprendieron el viaje de regreso hacia Buenos Aires.

17

1984

El 23 de junio de 1984, en la pequeña población cordobesa de San Francisco del Chañar, falleció Ramón Alberto Herrera, quien adoptara durante casi toda su existencia el pseudónimo de Orfelio Ulises. Pobre y acongojado, no le quedaban ya, a los 95 años de edad, muchos deseos de vivir. Junto a él velaba su inquebrantable compañera Margarita Hess, veinte años menor que él, hija de Rudolf Hess y colaboradora incondicional en todas sus aventuras tanto físicas como espirituales. Se habían conocido en El Tibet, siendo ella una niña aún, mientras paseaba con su familia y él completaba los cursos de metafísica budista. Desde entonces, salvo brevísimos períodos y por cuestiones operativas, no se habían separado jamás.

Ante la fantasía del anciano pasaron los mo-

mentos más coloridos de su existencia, durante aquellos tres días que duró su expiración. Aquellos cuando, siendo maestro de escuela en lejanos pueblecitos de Buenos Aires, devoraba libros de Editorial Kier: *La doctrina secreta*, de Madame Helena Petrovna Blavatsky, junto a los de Henry Louis Mencken, como *Prontuario de la estupidez* humana, o *¡Vete a la mierda!*

Y aquellos otros momentos tan felices cuando, viviendo sus propios sueños autorrealizados, se ejercitaba durante largas horas, en una subterránea celda de un monasterio de El Tibet, para controlar su voluntad hasta el punto de no necesitar absolutamente nada material, aparte de una frugal cesta con polenta y frutas, que un monje le bajaba por medio de una cuerda cada mediodía.

Por desgracia, después de 1945 las circunstancias en la existencia de ambos no habían hecho otra cosa que progresivamente empeorar. Como si una fatalidad se hubiese abatido sobre quienes, como creían de sí mismos, buscaban la perfección de un mundo ordenado, eficiente y justo sobre la Tierra, a imagen del Mundo Celestial, que tantas veces acariciaran en sus visiones mediúmnicas. Así, además de perder el bastón mágico, tras sucesivas declinaciones, su sagrada logia había terminado cayendo en manos de un grupo de chiflados delirantes y criminales a sueldo.

Ambos ancianos se habían negado sistemáticamente a complicarse con los manejos de aquellos jóvenes que hacia la década de los cincuenta tomaban cada vez más audazmente las riendas en la congregación. Hasta que, cuando

llegaron a proponer la deplorable "Operación Sharia", hacia 1987, Orfelio y Margarita sencillamente no quisieron saber más nada con la organización, que ellos mismos habían fundado.

Cuando él cerró los ojos, Margarita decidió vender la casa –con su mobiliario y pequeños trofeos, el único patrimonio físico que les había quedado– proyectando comprar otra más pequeña, posiblemente en la provincia de Santiago del Estero, con el propósito de esperar allí su posterior estación en el *Walhalla*.

18

Diciembre de 1999

–Ustedes custodien discretamente desde aquí –dijo el comisario Lugones–. Nosotros tres entraremos. Los cinco policías cordobeses, asignados por el Departamento de Investigaciones, habían ascendido por el escarpado caminito que conducía a una oculta entrada, apenas visible entre los matorrales, sobre una de las laderas del Cerro Uritorco, aproximadamente a unos veinticinco metros de altura. Iban todos de civil, algunos de ellos con valijas donde portaban escopetas recortadas o metralletas.

–Como usted diga mi comisario –respondió el principal Bulacio, a cargo del operativo. Eran las seis de la tarde.

Por el estrecho pasadizo cavado directamente sobre la roca, se podía transitar únicamente en fila india. Los tres –Effi, Alberto y

Adrián–, se calzaron entonces las vinchas, que llevaban adosadas una linterna a batería. El policía Federal encabezaba la caravana. Alberto llevaba el maletín con las manos de Perón. Cuyo código había memorizado, luego de que los expertos de la Policía Federal Argentina hubiesen dado con él.

–Debe haber una salida por otra parte –dijo Alberto Feijóo. –No es posible que hallan podido ingresar objetos voluminosos por acá…

–Seguramente –contestó el comisario Lugones. –Pero esta es la única que encontramos. Tal vez la puerta grande está oculta sobre la roca, y tiene otro mecanismo de control electrónico semejante al de la bóveda.

A medida que iban descendiendo un temor místico los sobrecogía. El absoluto silencio, sin cantos de pájaros, o ni siquiera ecos de otros sonidos naturales, era algo que jamás ninguno de ellos había experimentado. De repente, un gran hueco se abrió en la encarrujada pared rocosa.

–¿Y ahora? –vaciló el policía.

–Entremos, con cuidado… –dijo Alberto Feijóo.

Lo que vieron allí los asombró. Un amplísimo espacio circular, perfectamente tallado sobre la roca viva, como un inmenso salón en cuyas paredes, desde fuentes indiscernibles, emergían luces fantasmagóricas, pero adecuadas para iluminar perfectamente la totalidad del ámbito. Tres grandes bocas, a manera de portales, habían sido cavadas hacia lo que supusieron el Norte, Oeste y Este de la nave. Dedujeron que conducirían a otros tantos caminos, por donde posiblemente se podría in-

gresar o egresar, incluso trasladando grandes objetos.

Aquí y allá habían colocado extrañas piedras monumentales, con formas que no se sabía si pudieron haber sido naturales o talladas por algún escultor.

–No está lejos –comentó Adrián. –Hemos caminado apenas media hora… o sea, unos mil quinientos metros hacia abajo y el centro del cerro…

–Miren… –exclamó Effi, señalando hacia un sector de la pared rocosa.

Apenas perceptible bajo el fulgor amarillento se veía una especie de arco gigantesco, marcado por la coyuntura de dos piezas, a manera de puertas, que se articulaban con el semicírculo de lo que parecía ser un marco labrado allí.

–Y allí hay una escalera…–siguió indicando Effi.

–Tu juventud te ayuda –bromeó Alberto – Aún tienes muy buena vista…

Descendieron cautelosamente, escalón por escalón, por la pequeña escalerilla tallada, que podía ser utilizada sólo por una persona a la vez.

Al acercarse a la puerta pudieron observar, ya nítidamente, que cada inmensa hoja de piedra tenía buriladas, en sobre-relieve, un águila bicéfala, también a escala gigante. Calcularon que cada una de las puertas debía de tener unos cuatro metros de altura, en el punto máximo del semicírculo.

A la derecha, titilaba suavemente un pequeño foquito rojo.

–¡Aquí está el portero biométrico! –exclamó Adrián. –¡Traé la valija!...

Bajo el titilante foquito había una especie de pantalla, de un material parecido al aluminio, aplicada sobre una caja rectangular, metálica, todo empotrado sobre la piedra.

Alberto manipuló rápidamente la clave de seguridad de la valija metálica, para extraer el cofrecito cristalino con las manos de Perón.

–¿Y ahora? –dijo.

–Dame las manos…–ordenó Adrián Lugones. Alberto obedeció enseguida.

Tomando cada una de ellas con la propia correspondiente, el comisario de la Federal las apoyó sobre la plaqueta metálica, manteniéndolas apretadas allí por algunos segundos.

No sucedió nada.

–Debe haber un lugar preciso, tal vez milimétricamente determinado –observó Effi. –Mira atentamente, a ver si detectas alguna marca para apoyar allí las manos…

Apenas había dicho eso cuando se escuchó una voz con acento extranjero que los sobresaltó viniendo desde uno de los extremos del salón.

–¡Hola!... ¡queremos participar de la fiesta! –cachondeó el croata Darko Miloslavic –¡Aunque no hayan tenido la delicadeza de invitarnos!...

"Nada original… propio de bestias teleadoctrinadas", pensó Alberto Feijóo. Pero se dijo a continuación que lo grave de la circunstancia hacía estúpida su reflexión pequeño-burguesa. Junto a Darko Miloslavic caminaban amenazantes hacia ellos tres individuos más, todos, al igual que Darko, portando armas de grueso calibre.

–Dénse la vuelta con lentitud… –ordenó el

croata. –Nada de meter ninguna mano en los bolsillos, ¿eh?

Así lo hicieron.

–Vos sos el famoso Darko Miloslavic…– dijo Adrián Lugones, con el propósito de ganar tiempo. Había dejado las manos sobre el mecanismo electrónico y antes de volverse, tiró apenas del segundo botón de su camisa. Un transmisor que ya estaría haciendo sonar la alarma de peligro en las radios de los policías de vigilancia afuera. Debían tratar de demorarlos media hora, el tiempo que tardarían en llegar para auxiliarlos.

–Claro. Ya sé que me conoces. Seguro tienes mi foto en los archivos policiales. Sólo que ahora estoy un poco canoso, ¿eh? Cada vez resulta más difícil obtener el pan nuestro de cada día en esta bendita Argentina. Pero vayamos a lo nuestro. Continúa con tu trabajo. Abre la bóveda. Queremos aprender cómo se hace.

–Estamos intentando pero sin éxito –dijo Lugones. –Algo no funciona bien en el mecanismo.

–No hay problemas, trabaja con tranquilidad… tenemos tiempo… hemos esperado más de once años ya… podemos esperar un poquito más… pero no te hagas el vivo, ¿eh?

–¿Querés probar vos? –invitó el comisario Lugones.

–Gracias, mi amor –chanceó nuevamente Miloslavic– ¡me conmueve tu generosidad! Pero no puedo… este aparatito me lo impide –afirmó estirando el mentón hacia su vientre, sobre el que reposaba una ametralladora mediana, colgando de una correa de cuero que

bajaba desde sus hombros.

–Opera tú… opera tú… le dijo, acercándose a un metro de distancia. –¡Ustedes! –ordenó, dirigiéndose a Effi y Alberto. ¡Córranse para este costado!

Ambos lo hicieron. Pero el croata les gritó:

–¡Más allá! ¡Y pónganse contra la pared! ¡Dense vuelta! ¡Las caras contra la pared!

Alberto comenzó a temblar. Era la primera vez en su vida que pasaba por una situación como esta. Nunca nadie lo había apuntado con un arma. Effi lo notó y dijo, en un susurro:

–¡No temas! ¡Algo nos va a salvar!

En el mismo tono, Alberto contestó:

–¿Vos todavía crees en milagros?

En tanto, Adrián volvió a aplicar las manos sobre la planchuela de aluminio, desplazándola cuidadosamente, cada veinte o treinta segundos, sobre esa bruñida superficie. No sucedía nada. Transcurrió un largo rato así.

–¿Y? –se impacientó el croata.

–No funciona… al parecer… –dijo el policía Federal…

–¡Tiene que funcionar! –gritó Miloslavic… –¡Yo mismo formé parte de la custodia del viejo cuando vino aquí con cuatro grandes cajones, en julio del setenta y cuatro! ¡Él y sus secuaces entraron con esa pesada carga y salieron más tarde con las zorras vacías! ¡Así que esto *tiene* que funcionar!...

–¿Por donde entraba Perón? No creo que haya sido por el mismo túnel que nosotros… es demasiado angosto…

–¡A vos qué te importa!... –se fastidió Miloslavic– ¡Vos continuá con tu trabajo, y abrí esas puertas de una vez!...

Alberto temblaba cada vez más, pues había comenzado a darse cuenta de que si Adrián lograba abrir las puertas… inmediatamente los matarían…

Un zumbido suave, como el de un motor a reacción lejano, que comenzara a ponerse en movimiento, se oyó.

–¡Está funcionando! ¡Sigue, sigue! –vociferó Darko Miloslavic. –¡Por allí vas bien!...

En ese mismo momento, alguien gritó desde arriba:

–¡Todo el mundo con las manos sobre la nuca! ¡Policía de Córdoba!...

En vez de obedecer, los croatas comenzaron a disparar. Un tiroteo espantoso se desató en segundos. Alberto sintió una mordedura en las nalgas, y se arrastró como pudo para meterse tras una gran roca, quedando fuera del alcance de las balas. Effi había sido más rápida que él, y apenas escuchó el grito policial se zambulló detrás de un gigantesco peñón, sobre el que rebotaban los tiros sin apenas arrancarle alguna pequeña esquirla.

Darko Miloslavic se abalanzó sobre las manos, sólo para quedar acribillado antes de siquiera poder tocarlas. A su lado, en el suelo, había caído también el comisario Lugones. Los otros tres croatas intentaron retroceder en orden y repeliendo el fuego hacia los portales de salida, pero no consiguieron llegar. Quedaron los tres agujereados completamente y manando sangre sobre la ríspida losa central del salón.

Cuando hubo finalizado el tiroteo, los cuatro policías bajaron. Ni Effi ni Alberto se atrevían a salir de sus escondites.

–¡Salgan! –les dijo el principal Bulacio. –¡Ya no hay peligro para ustedes!...

–¡Estoy herido! –gimió Alberto, caminando a duras penas con ambas manos atrás: –¡Miren! –exclamó, exhibiendo sus manos empapadas en sangre. Effi, en cambio, había resultado indemne.

–¿A ver? Dijo el principal Bulacio –¡Desé vuelta!

Y luego de observarlo:

–¡Mmm!... –le han dado un tiro en la nalga… pero tranquilicesé… no debe ser grave… es una zona bastante acolchada…

–El que está mal es el comisario Lugones…– se alarmó otro de los policías cordobeses. Efectivamente, Adrián Lugones yacía inerme, respirando con dificultad, su cuerpo teñido completamente por la sangre, que manaba de algunas de sus heridas constantemente.

–¿Cómo haremos para sacarlo? El túnel por donde hemos entrado es muy estrecho…

–Creo que una de esas tres puertas deben llevarnos fuera… señaló Effi… pero no sé cual…

–Deberíamos intentarlo ya… –exclamó Bulacio –¡el comisario se nos muere!...

Adrián miraba con ojos vidriosos, aparentemente sin ver. Cuando le preguntaron algo, no respondió.

–¿Y las manos? –se le ocurrió preguntar a Alberto. De un salto, uno de los policías más jóvenes se acercó a la planchuela alumínica donde quedaran. Luego, levantándolas con asco por las puntas de los dedos yertos, las mostró:

–¡Miren cómo han quedado! –dijo. Estaban

llenas de agujeros, en partes deshilachadas. El mecanismo de control, asimismo, humeaba, por los balazos recibidos. Posiblemente no funcionaría ya. Al menos hasta que sus creadores pudieran sustituirlo. Alberto miró hacia el portal de la bóveda. No se había modificado en absoluto. Las águilas bicéfalas continuaban allí, impertérritas, sin que se notara en ellas siquiera una rasguñadura.

–¡Vamos, vamos! –apremió el principal Bulacio– ¡el comisario se nos muere!...

Uno de los agentes extrajo de su mochila delgados caños plásticos articulables y en pocos segundos armó, con una estera del mismo material, una camilla donde, con extremo cuidado, colocaron al comisario Lugones.

–¡Bueno!... –dijo Bulacio, dirigiéndose a Effi– ¡Elija usted, que es la dama, por cual agujero vamos a ir!...

–¡Intentemos en este! –respondió Effi, apenas titubeando.

El túnel por donde emprendieron la retirada era, efectivamente, mucho más amplio que el otro por donde habían entrado. Unos cuatro metros de ancho, calculó Alberto, por allí se podían transportar grandes bultos sin problema alguno. Le dolían mucho las nalgas. Esto le dificultaba caminar. Notándolo, Effi se acercó y le dijo:

–Pon tu brazo sobre mi hombro–. Ella, a su vez, envolvió su cintura con el suyo, largo, promoviendo en él una confortadora sensación de ternura.

Al fin, luego de unos cuarenta y cinco minutos de andar por aquella galería, emergieron al aire libre. ¡Había anochecido! El cielo estre-

llado de diciembre mostraba ya su magnífico despliegue.

–¿Dónde estamos? –preguntó Alberto.

–Eso estoy averiguando–, contestó el principal Bulacio, mientras manipulaba su GPS. Unos segundos más tarde, agregó:

–Muy cerca de la entrada anterior… en la cara del Cerro que da a Capilla del Monte… podríamos ir caminando a buscar los vehículos… no demoraríamos más de una hora… si estuviéramos bien… Nosotros haremos eso… Ahora mismo, llamaré un helicóptero sanitario, para ustedes…

Extrayendo un transmisor portátil de su mochila, se puso a emitir su mensaje:

–CQZ Negrazón y Verdolaga… CQZ Negrazón y Verdolaga… ¡aquí en coordenada 73 barra 32 Capilla del Monte! ¡Urgente manden vaca mediana, para tres mínimo, por favor! ¡Manden vaca mediana, manden vaca mediana!...

Diez minutos más tarde, se oyó el estruendo de un helicóptero sanitario sobrevolando el bosquecillo. Bulacio le hizo señales con su linterna y pronto se detuvo, perfectamente sobre ellos. Una plataforma suspendida con cuatro cables de acero bajó con rapidez: en ella ascendieron Effi, Alberto y el comisario Lugones sobre su camilla. Pronto estarían en el Hospital Policial de Córdoba, recibiendo atención médica.

19

Epílogo

Tres años más tarde, Alberto Feijóo meditaba mirando la cascada de La Olla junto a su casita de Guayamba, sintiéndose más solo y triste aún que cuando comenzara esta historia. ¿Había tenido algún sentido introducirse en un asunto tan conflictivo y desagradable? Como resultado de la aventura, Adrián Lugones, uno de sus mejores amigos, estaba muerto. Habían encontrado las manos de Perón, sin que les sirviera de nada. Los policías federales que tomaran después el caso, lo archivaron sin más. Y cuando intentaron un año después, con Effi, visitar la bóveda, encontraron custodias de vigilantes privados en las apenas perceptibles entradas. Quienes les dijeron que estaba prohibido el ingreso allí, salvo que contasen con una autorización especial provista por los propietarios. "¿Y quiénes son los propieta-

rios?", preguntaron. "No estamos autorizados para decirlo", oyeron, como única respuesta.

Effi volvió a sus tareas profesionales, en Buenos Aires, declinando las invitaciones de Alberto para acompañarlo aunque fuera por algún tiempo en su pueblito entre las montañas.

"Algo he aprendido de todo esto", se escuchó Alberto Feijóo, diciéndose a sí mismo en voz alta: "Que al final, como decía Qohelet… en este mundo… todo, pero absolutamente todo… ¡es solamente vanidad"…

® 2015 – Quipu Editorial

editorial.quipu@gmail.com
Santiago del Estero
Argentina

https://www.facebook.com/quipu.editorial